

NIÑOS DE LA BIBLIA.



BENJAMIN ES DEVUELTO Á JACOB.

XI.

JUDA.



Con secreto gozo vió Josef que sus hermanos eran nuevamente conducidos á su presencia, á pesar de que el aire abatido de todos ellos y la consternación pintada en su semblante, pudieran muy bien disminuir el placer que experimentaba por el buen resultado que no podía menos de tener su proyecto. A

Diciembre de 1847.

vista de todos los hermanos y en medio de un profundo silencio, se adelantó el mayordomo de Josef y entregó á su amo la reluciente copa que constituía por sí sola la mas viva acusación.

Josef tomó la copa, y disimulando su emoción, dijo á sus hermanos con voz en armonía con la severidad que entonces se pintaba en su rostro:

—¿Es así, hombres ingratos, como correspondeis á mis favores? ¿Es este el pago que dais á los beneficios que acabo de dispensaros? Pero vosotros ignorais que no hay otro que se me igua-

le en el arte de adivinar, y que vuestro crimen, por secreto que fuese, no podía ni por un momento siquiera estar oculto á mis ojos.

—Si es verdad, señor, que vuestra ciencia sublime os hace penetrar en el fondo de los corazones, dijo entonces Benjamin, bien sabéis cuán inocente es el mío y que en él no se abriga ningún designio que pueda mancillar las canas de mi padre Jacob.

Temeroso Ruben de que las palabras de Benjamin irritasen mas y mas al gobernador, se interpuso diciendo:

—Nada, señor, podemos responder que nos favorezca, porque las pruebas nos acusan y Dios quiere castigar nuestra iniquidad. Disponed á vuestro arbitrio de nosotros; desde este momento, todos somos vuestros siervos.

—Lejos de mí, contestó Josef, el hacer tal cosa: jamás confundiré yo á los inocentes con el verdadero culpable. Benjamin, el que ha robado la copa, ese será esclavo mío por toda la vida: los demás pueden volverse sanos y salvos á su país.

Iba Simeon á contestar, cuando Judá se apresuró á contenerle con un ademán, y adelantándose resueltamente hacia el gobernador, le dijo:

—Os suplico, señor, que escuchéis con benignidad las palabras de vuestro siervo. Cuando la vez primera os dignásteis preguntarnos por nuestro padre y nuestra familia, os dijimos como quedaba en compañía de nuestro padre Jacob, otro hermanito pequeño, el mas querido de él, porque era el hijo de su vejez y el único que le quedaba de la bella y virtuosa Raquel. Mandásteis que se os trajera este niño, á lo que nuestro padre se opuso de tal modo, que para cumplir vuestro mandato, ha sido preciso que yo responda con mi cabeza y la de mis hijos de volverle sano y salvo á Benjamin, que me resolviese á arrostrar toda la maldición de un padre, si á este niño le sucediese algún contratiempo ó desgracia en el camino. ¿Cómo quereis, señor, que volvamos á su presencia sin llevarsele? ¿Quién de nosotros tendrá valor para darle una noticia que infaliblemente le precipitará en el sepulcro. Yo que bajo mi fé y pa-

labra he recibido á Benjamin, soy el que aquí debo quedarme por él. Yo soy naturalmente vuestro esclavo y me emplearé gustoso en vuestro servicio. Vuelva el niño á tranquilizar y consolar á nuestro padre, pues de lo contrario, ninguno de nosotros querrá ir á ser testigo de su tristísima y prematura muerte.

No cabía ya en las fuerzas humanas resistirse por mas largo tiempo, así es que Josef, resuelto á descubrirse á sus hermanos, hizo un ademán á los egipcios presentes, para que despejasen la estancia y le dejaran solo con ellos. Entonces echó su manto hácia la espalda, y lloroso y con voz profundamente conmovida, exclamó, tendiéndoles los brazos:

—Yo soy Josef.... ¡yo soy vuestro hermano!

Un rayo que hubiese caído á los pies de aquellos jóvenes, no les hubiera sorprendido ni consternado tanto como estas palabras. Inmóviles de asombro y de terror, ni acertaban á proferir una palabra, ni á moverse hácia Josef, pero éste les dijo con cariño:

—Sí, yo soy vuestro hermano Josef, el que vendisteis en el desierto; pero nada teneis que temer. Acercáos á mí: venid á darme noticias de mi padre.

Entonces todos los hermanos se postaron en rededor suyo, abrazando unos sus rodillas, besando otros sus manos y exclamando todos, así inocentes como culpables.

—Perdon, hermano mío, perdon.

—Venid á mis brazos y nada temais. Por vuestro bien y el de nuestro padre, me ha enviado Dios antes que á vosotros á Egipto.

Abrazó Josef á todos sus hermanos vertiendo lágrimas de ternura, con las que inundó el cuello de Benjamin, que le correspondía con las demostraciones del mas entrañable afecto. Despues les anunció que aun faltaban cinco años de esterilidad, durante los cuales indudablemente perecerían en la tierra de Canaán, si no venían á participar de la abundancia del Egipto, y del favor que la Providencia, para bien de todos, habia hecho que disfrutase con Faraon.

—Id, les dijo por último, contad á nuestro padre lo que habeis visto, y cuanto os ha sucedido, y traedle pronto á disfrutar de mi prosperidad. Si esto le causase alguna repugnancia, decidle que su hijo Josef así lo desea.

Partieron gozosos los hijos de Jacob, libres de los angustiosos afanes de los viajes anteriores, y colmados de dinero, vestidos y preseas que Josef les habia dado, tanto para ellos como para el anciano Jacob. Apenas divisaron la casa paterna, se adelantó Judá con Benjamin, á tiempo que el anciano, sabedor ya de que llegaban sus hijos, salía presuroso á recibirlos. Apenas divisó á Benjamin, levantó las manos al cielo, exclamando:

—Gracias os sean dadas, Dios de Abraham, que me volveis el hijo de toda mi ternura.

Judá cogiendo de la mano á Benjamin, se acercó á el anciano, y le dijo:

—Padre mio, os prometí volveros sano y salvo á Benjamin, so pena de incurrir en vuestra indignación. He aquí que ya he cumplido mi promesa, y que Benjamin se halla en vuestros brazos conforme vos me le entregasteis, aunque mas feliz y mas gozoso.... pero esto él os lo explicará.

Tendió Jacob á Judá una mano que él besó respetuosamente, y estrechó contra su pecho á Benjamin, manifestando la satisfaccion que experimentaba al volverle á ver. Pasados los primeros transportes, le dijo:

—Y bien, hijo mio, ¿qué es lo que tienes que decirme?

—Tengo, padre mio, que daros las mas inesperadas, las mas dichosas nuevas. ¿Estais preparado á recibirlas?

—Para mi no puede haber felices nuevas, como no fuesen, pero esto es imposible, de mi perdido Josef.

—Bien, ¿y si esto fuese?

—¿Cómo! ¿Pues qué no vi yo su túnica toda ensangrentada, como si las fieras le hubiesen devorado?

—No es seguro que esto hubiese sucedido.

—Habla, por Dios, hijo mio, no me tengas en esta cruel incertidumbre; porque hay esperanzas que una vez desvanecidas, causarían la muerte.

—Padre mio, Josef vive y está en Egipto.

Dió Jacob un grito é hizo creer á sus hijos que se iba á desmayar, por lo que Judá precipitándose á sostenerle, le dijo:

—Animo, padre mio, ánimo: ese hombre poderoso que manda en el Egipto, ese hombre cuya profunda sabiduría admiran las naciones.... ese es vuestro hijo.... ese es Josef.

Escuchaba el buen anciano, cual si saliese de un profundo letargo, todo cuanto le referian de la grandeza de Josef y del glorioso renombre que tenia en todo Egipto. Parecia que se negaba á dar crédito á lo que escuchaban sus oídos, pero la llegada de los demas hijos, el entusiasmo con que se explicaban y la vista de las riquezas, carros y escolta que traían de Egipto, acabaron de convencerle. Entonces Judá le dijo:

—Escuchad lo que nos ha dicho vuestro hijo Josef: «El Señor me ha hecho dueño de toda la tierra de Egipto. Id, y contad á mi padre todo lo que habeis visto, y traedle aquí pronto con vosotros y con todas vuestras familias, para que no perezcais de hambre en los años estériles que restan. Habitareis en la tierra de Gesen, vosotros con vuestras familias y vuestros rebaños, y yo tendré á mi padre á mi lado, para que disfrute mi opulencia en lo que le resta de vida.

—Está bien, contestó Jacob, puesto que Josef vive, iré, sí, y le veré y le abrazaré antes de morir.

F. F. VILLABRILLE.

El hombre se cansa del bien, busca la mejoría, encuentra el mal, y se contenta con él, de miedo de hallar otra cosa peor.

Levis.

¡Cuantos hombres eminentes, que la generalidad ensalzaba han echado á perder el concierto de sus alabanzas tomando parte en él!

Fontenelle.

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

IV.

LOS DOS SCIPIONES.

Como Roma se habia manifestado barto indolente en socorrer á la célebre ciudad que sucumbió entre sus propias cenizas, y que llamaba su aliada, se atrajo la execración de la Península; pero sin embargo empezó á preparar sus formidables armamentos para emprender una terrible guerra en el suelo de España contra la república su rival ambiciosa y vengativa. Mas el grande Anibal aunque no ignoraba estos aprestos de guerra de sus adversarios, reunió sus huestes y partió para Italia, donde es ya muy sabido que esparció el estrago y el terror en torno de sí, á punto de hacer temblar la ciudad eterna, y cuyos pormenores omitimos por parecernos sucesos ajenos de nuestra historia hasta cierto punto.

El yugo de los cartagineses se iba haciendo cada vez mas intolerable en España, cuyas tribus se veían á merced de ambiciosos y crueles gobernadores de pueblos y provincias que les hacían trabajar como esclavos en las minas; y en suma, por una parte la intolerancia y rigor de los africanos vencedores, y por la otra, los agravios padecidos, dieron lugar á terribles é inesperados movimientos que acabaron por destruir á sus opresores.

En tanto que Anibal recorría la Italia, el senado romano dispuso dos ejércitos, uno á las órdenes de Cneo Scipion lugar-teniente de su hermano Publio, el cónsul, quien se encargó de dirigir el segundo: los dos desembarcaron en Ampurias; pero Publio, resuelto á oponerse al cartaginés en el paso de los

Alpes, dejó encargado á Cneo á fin de que continuase la guerra de España. Para este efecto solo contaba con diez mil soldados de á pie y setecientos de á caballo, fuerzas poco numerosas para tan importante empresa, por lo que conociéndolo, procedió con sumo tiento, trabajando con el objeto de grangearse la amistad de los pueblos que moraban en las riberas septentrionales del Ebro. Su afabilidad y dulce trato no tardaron en disipar el odio que muchos pueblos profesaban á los romanos, con los cuales al fin llegaron á unirse. Hanon, que gobernaba á Cataluña juntándose con Andobal, príncipe español y amigo de Cartago, trabajaron de comun acuerdo á fin de evitar las consecuencias de aquella imprevista alianza, y enviaron emisarios á los pueblos, los cuales convocando á la muchedumbre en parages determinados, levantaban la voz con energía, diciendo, sobre poco mas ó menos lo siguiente:

—Las tribus iberas que tengan la debilidad de dar crédito á las ofertas de esos hipócritas invasores, serán maldicidas de los dioses, y el mismo rayo de Júpiter, á quien los romanos adoran, caerá fulminante sobre la cabeza de los crédulos españoles. Solo Cartago es vuestra verdadera amiga y confederada; á ella solamente debeis vuestros adelantos en las ciencias y en las artes, por ella conoceis el giro de los astros, el modo de rendir alabanzas á los dioses y la destreza en el manejo de las armas.

A esto se reducían los discursos que pronunciaban los emisarios de los gefes cartagineses. No obstante, Cneo logró que muchos siguiesen sus enseñanzas, y tuvo fuerzas bastantes para presentar una batalla al caudillo cartaginés en las inmediaciones de Lérida el año de 214, donde murieron seis mil africanos, que-

dando en poder de los vencedores un riquísimo bagage que habia dejado Anibal al partir para Italia.

Correspondió la campaña siguiente á tan faustos comienzos. Cuatro victorias consecutivas consiguieron los romanos sobre las armas cartaginesas: la primera fué naval contra Hamílear; la segunda en las márgenes del Ebro, contra Asdrubal; la tercera en las inmediaciones de Tortosa, contra Magon, y la cuarta en Cataluña, sobre el Segura, contra los hermanos Magon y Asdrubal. Tan rápidos y completos fueron los triunfos de los romanos, que no pasó mucho tiempo sin que España fuese contada por provincia de su república, porque las numerosas fortalezas esparcidas por las costas, á escepcion de dos ó tres, quedaron en poder de los caudillos de Roma.

Pero Asdrubal tenia prendas tan recomendables como su heróico hermano Anibal, y una de ellas era la de la fortaleza en soportar los reveses, y la activa diligencia en repararlos. Con efecto, no habia llegado á la dominación de Cartago su hora postrera: recibieron gran socorro de gente, y obedeciendo á los mandatos de su gobierno, habian resuelto atravesar los Pirineos y pasar á Italia para reunirse con Anibal. Mucho temian los Scipiones ver á los hermanos juntos, y así decidieron interponerse y dar el último golpe á la hueste africana, para lo cual prometieron cuantiosos sueldos á los belicosos celtiberos que quisieran pertenecer á sus filas, para este nuevo combate. Engrosóse el ejército romano de una manera considerable, y confiados en el éxito de la victoria, salieron al encuentro de Asdrubal y Magon, haciendo frente al primero Cneo Scipion, y Publio al segundo.

Sentados los reales del ejército cartaginés cerca de Albarracin en Aragon, veían á muy cortadistancia situados á sus competidores; pronto iba á tener efecto la refriega; Asdrubal desde su tienda daba á sus gefes principales las órdenes convenientes para el momento de la lucha; mas estas fueron interrumpidas con la inesperada aparición de Magon, que acercándose á Asdrubal, le

abrazó y beso la mano, como hermano mayor, segun costumbre de aquella gente.

—¿Cómo así abandonas tus reales? preguntó Asdrubal un tanto incomodado.

—Nada temas, querido hermano, repuso Magon. No fuera buen hijo de Cartago, si antes de entrar en lucha no viniese á decirte lo que hace poco acabo de saber.

Asdrubal se levantó del cogin donde muellemente se habia sentado, y acto continuo mandó á sus subordinados que salieran, lo que al punto ejecutaron.

—Habla, hermano, dijo Asdrubal con impaciencia.

Entonces Magon puso en conocimiento de su hermano, el modo con que los Scipiones habian conseguido triplicar sus fuerzas, esto es, ofreciendo grandes sueldos á los españoles que quisieran unirse á ellos, lo cual habia producido el efecto que deseaban. Asdrubal con la mayor serenidad, contestó á su hermano:

—Es el paso mas impolítico que acaban de dar nuestros adversarios.

—¡Cómo! exclamó Magon.

—Muy pronto, verás en nuestras filas á esos mercenarios que acaban de alarmarte, y á gran número del ejército de Roma.

—¿Qué medios vas á emplear para conseguirlo? preguntó el mas jóven de los hermanos.

—Ahora lo verás, repuso Asdrubal.

Y levantando uno de los pabellones que adornaban la entrada de su tienda dió una voz, y apareció un negro que se cuadró á su frente en señal de ordenanza y sumision.

—¡Qué venga el capitán Alucio! dijo Asdrubal.

A los pocos instantes compareció el capitán. Jóven, de alta estatura, gallardo en sus maneras, y como de raza española, blanco, cabello rubio largo y ensortijado; sus grandes ojos azules daban á su fisonomía un carácter de expresion harto notable para no ser digno de la observacion del militar que siempre le habia sabido distinguir. Asdrubal cogió la mano del jóven español y le dijo:

—Alucio, tu valor te hizo siempre digno de mi reconocimiento. En las frecuentes batallas que hemos dado á los hijos de Júpiter, te he sabido distinguir... ¿Lo negarás?

—Nunca, respondió Alucio con resolución.

—Pues bien, jóven guerrero, hoy se te presenta una ocasión en la que puedes decir que los dioses te protegen, y en la que añadirás una nueva corona á las que ya tienes conquistadas con el poderío de tu fuerte brazo. Príncipe te

hará de Cartagena mi senado, si cumples bien la misión que a imponerte voy.

—Hablad, contestó el jóven dando á entender con su semblante la impaciencia que le dominaba.

—Los Scipiones han engrosado sus filas dando grandes sueldos á los españoles que han querido unirse á ellos: yo deseo que esa gente mercenaria vuelva sus armas contra los mismos que han sabido seducirla con tales promesas, para lo cual queda á tu cargo



elegir doscientos guerreros tan valientes como sagaces, y con ellos te presentarás á los gefes romanos diciendo que nos abandonais porque queréis pertenecer á su ejército; pero vuestro encargo será convertirlos en astutos emisarios, á fin de que esparciendo la voz en la hueste enemiga de que yo doy el mismo sueldo que los Scipiones á las tropas que quieran ser aliados de Car-

tago, estas acudan en tropel hácia mi campo, y los capitanes de la soberbia Roma queden prendidos en el mismo lazo que me han querido tender. ¿Te hallas dispuesto á llevar á cabo esta delicada empresa, valeroso español?

—Si, contad conmigo; respondió Alucio envalentonado y orgulloso con la comisión que le conferían.

—Pues bien; marcha, y sé mañana el

instrumento de nuestra victoria. En seguida, repito, que te haré príncipe de Cartagena, cuyo honorífico título confirmará mi senado.

El joven español se ausentó de la tienda esperanzado en su triunfo y en el honorífico título que le ofrecían; Asdrubal y Magon también se separaron y ambos permanecieron en la expectativa del resultado al frente de sus respectivas huestes. Con efecto, al día siguiente experimentó la cohorte romana la mas espantosa desercion. En valde empleó Cneo el ruego y la amenaza para inducir á los desertores á que se quedasen con él, pues se vió abandonado, y sin contar mas que con las legiones de sus compatriotas, precisados á aventurar una batalla.

Rehuyendo la lucha retrocedió para juntarse con su hermano, ó con el objeto de hallar nuevos recursos con los que compensar la pérdida que habia sufrido.

Magon, que era sabedor del suceso, y que no era militar que desperdiciaba los instantes, de acuerdo con su hermano, y mientras que Cneo esquivaba entrar en liza con el ya triunfante ejército de Asdrubal, avanzó hácia el campamento de Publio, el que mal su grado tuvo que venir á las manos con las formidables y envalentonadas huestes de Magon. En lo mas empeñado del combate, advirtió el general africano cierto número de gente de á caballo, que huía á todo escape precedido de un jinete de noble compostura y gallarda presencia.

—¡Aquel es Publio! gritó como un desesperado! seguidme, dijo á unos cuantos que le rodeaban.

Y saltando zanjas y atravesando pinares logró cortar la retirada del gefe antagonista. Ambos capitanes se vieron frente á frente, ambos hicieron prodigios de valor, pero al fin tocó á Cneo lo peor del combate, pues cayó del caballo atravesado el pecho de una lanzada. Uno de los ginetes que habia seguido á Magon, bajó precipitadamente de su fogoso corcel, y separando de su cuerpo la cabeza de Publio, la clavó despuesen la punta de su lanza. Volvieron al sitio de la batalla donde encon-

traron á las huestes cartaginesas casi triunfadoras; entonces Magon, tomando la lanza donde aparecia la ensangrentada cabeza del gefe romano, corrió á situarse al frente de sus soldados, y dando vista á los enemigos que se hallaban á punto de huir, les dijo con voz de trueno:

—¿Qué aguardais, miserables, cuando la enseña que guía á mis tropas en este instante, es la cabeza del que fué vuestro caudillo?

—¡Traicion! ¡traicion! gritaron los de Roma, y comenzaron á huir desparvoridos, de cuyo desorden se aprovecharon los cartagineses para hacer la mas espantosa carniceria.

El vencedor pasó á reunirse con Asdrubal, y unidos fueron á dar alcance al fugitivo romano, y al cual encontraron acampado en una colina de poca altura. Al primer choque de armas fueron desbaratados los de Scipion, muriendo muchos de los suyos, y escapando otros con su caudillo á una vecina torre, á la que inmediatamente Asdrubal y Magon pusieron cerco muy apretado: al fin, los cartagineses lograron penetrar á viva fuerza, y cuantos romanos hallaron á su paso, fueron sin commiseracion pasados á cuchillo. (1) Solo quedaba Cneo que habia subido á lo mas elevado de la torre, pero los de Cartago, no contentos aun con la sangre derramada, buscaban por todas partes nuevas victimas que sacrificar. Al fin dieron con el ilustre caudillo, pero no bien le hubieron reconocido, gritaron á un tiempo unos cuantos de los delanteros:

—¡Alto, compañeros! respetemos la existencia del general, quien debe entregarse en clase de prisionero

Y bajaron las espadas, pero Cneo, cuyos ojos brotaban fuego, poniéndose en actitud de combatir, exclamó con voz desentonada por la furia:

(1) El monumento que se halla cerca de Tarragona, y que se conoce con el nombre de *Torre de los Scipiones*, no será la tumba de aquellos héroes, pero lo perpetuo de la tradicion confirma hasta cierto punto, de que hubieron de morir no á mucha distancia de este sitio. (Dunham).

—No, traidores, no quiero ser prisionero de gente tan ruin: antes que ceder mi espada á vuestros cobardes capitanes, quiero acabar mi carrera militar, como la concluyen los valientes de mi nacion... ¡Defendeos!

Y avanzando en su desesperacion hacia sus competidores con la espada desnuda, pagó con la muerte su acalorada temeridad, pues los subordinados de Asdrubal y Magon, cuando se vieron insultados, y acometidos de aquella suerte, descargaron sobre este animoso gefe, todo el peso de su cólerica indignacion. Despues, por una de las ventanas de la torre, arrojaron al campo aquel cuerpo cubierto de heridas de espada y lanza, y la embriagada soldadesca le recibió con gritos y aclamaciones, y atándole luego á la cola de un caballo, le pasearon largo rato por el campamento en medio de estrepitosas carcajadas, hasta que Asdrubal desaprobando aquel hecho, consecuencia de un ejército tan triunfante como bárbaro; mando que le diesen sepultura y respetasen sus cenizas.

Este fin desastroso tuvieron los dos grandes capitanes, que por espacio de seis años fueron los señores de España; solo un mes bastó para destruir el edificio de su alta reputacion, sin que nuestra historia tan fecunda en mudanzas, nos presente igual ejemplo de reveses tan súbitos y fatales.

Tal fué la desesperacion que espermentaron las legiones romanas con la pérdida de sus gefes principales, que se sometieron con indiferencia á la voluntad de los vencedores; pero Lucio Mario, uno de sus mas valientes capitanes, logró con suma destreza convertir en furia el dolor de los derrotados, exortándolos á vengar la muerte de los Scipiones ó á morir con honra, lo cual hizo sin la competente anuencia del senado de Roma.

Una gran parte del ejército cartaginés acampaba á cierta distancia de Cartagena, con aquella confianza que inspira el orgullo de la victoria, sin recapacitar que un descalabro suele á veces ser el precursor de un brillante trofeo. Así que en lo mas callado de la noche, Mario condujo á los suyos á los reales

de sus enemigos, donde apenas habia un centinela que vigilara, por lo cual penetró sin que nadie se le opusiese, hasta sus mismas tiendas.

— ¡Aquí de mis valientes! gritó Mario esforzando su voz que resonó como la tormenta en medio de la tempestad.

Y dió principio la obra de la destruccion pegando fuego á las tiendas, degollando á los soldados que estaban medio dormidos, y persiguiendo con encarnizamiento á los fugitivos.

El ejército romano proclamó á Mario por su capitan, mas el celoso senado, desaprobando la autoridad conferida de aquel modo, no confirmó el empleo al espresado caudillo, y entregó el mando á otro famoso capitan tan valeroso y prudente, como favorecido de la buena estrella que siempre le guiaba. Llamábase Publio Cornelio Scipion, por otro nombre el Africano, hijo del héroe cuyo trágico fin no hace mucho que dejamos apuntado.

I. A. BERMEJO.

HOMBRES. Los hombres son como las estatuas; han de estar en su sitio para verlos.

La Rochefoucauld.

Los hombres han nacido unos para otros; de consiguiente, es menester instruirles ó aguantarlos.

Idem.

La mayor parte de los hombres, lo mismo que las plantas, tienen ciertas propiedades ocultas que solo la casualidad hace descubrir.

Idem.

Casi todos los hombres emplean la mitad de su vida en hacer desgraciada la otra mitad.

La Bruyere.

El hombre pasa su vida en disertar sobre lo pasado, en quejarse del presente y en temer el porvenir.

Rivarol.

APUNTES MORALES.

AVENTURAS

DE UNA FAMILIA INGLESA.

IV.

UNA ENFERMEDAD.

—¡Cómo! preguntó su compañero, Jorge, vd. que ha vivido tanto tiempo privado de los goces de la civilización ¿cómo no se manifiesta sensible á tantos prodigios de ligereza y gracia?

Jorge le contestó.

—No soy insensible; pero sin poder explicar la razón, cuando me encuentro en medio de estos espectáculos, se comprime mi corazón, y mi imaginación se entristece, y mis recuerdos se dirigen hácia los desiertos del cabo Cuvier. La soledad, cuando se ha vivido tanto tiempo en su silencio, deja en el alma una impresión que nada en el mundo puede borrar.... Yo me he visto largo tiempo disfrutando el espectáculo de una naturaleza virgen y sublime, que ha dejado en mi corazón muy poco lugar para las emociones del arte.

—¿Y sucede lo mismo á sus hermanas de vd?

—Sí, querido Samuel; Sara y Nelly experimentan las mismas necesidades de soledad, y esta es la razón porque viajamos incesantemente, y preferimos andar como errantes por entre los hielos de Suiza, ó por los desiertos volcánicos de ciertas partes de Italia, á disfrutar los misterios artísticos de París, de Nápoles ó de Roma. Voy hacer á vd. una confesión sin que nadie me escuche: una encina agitada por el viento, produce en mi alma una impresión mas viva, que una madona del celeste Rafael, y por eso viajamos por los lugares,

y no por los hombres. Si vd. no hubiese sido nuestro amigo de infancia y un objeto de ternura para el padre, cuya memoria veneramos, no hubiera vd. participado de nuestra amistad, ni de las confianzas que le hemos hecho. Pocas son las personas, aun en la misma Inglaterra, que conocen nuestras aventuras, porque hemos procurado ocultarlas cuidadosamente á la curiosidad y á la indiferencia; si, sería una verdadera profanación referir á cualquiera tantos sufrimientos y tantas virtudes por parte de Sara. Dígame vd. si es dado á muchas personas comprender la fuerza que le ha sido necesaria á una joven de quince años que acaba de ver perecer á su padre, para luchar contra el mas horroroso destino y no morir de terror delante de tan terribles infortunios. Si vd. hubiera visto el valor que Sara desplegó, la magestuosa serenidad de su semblante, en medio de los gritos mas dolorosos, vd. lo mismo que yo, experimentarí la respetuosa emoción que me agita cada vez que á ella me aproximo.

Y diciendo esto, un torrente de lágrimas inundaron los ojos del joven inglés, siempre con la apariencia de un carácter frío y reservado.

Una madre, prosiguió, no es mas tierna ni mas sublime en su soledad, que la encantadora Sara. Fuerte delante de la desgracia como vd. lo ha visto, temblaba, se alarmaba á la menor inquietud que parecía amenazarnos. En una de mis escursiones, yo me había subido sobre una acacia para coger un gran pedazo de goma que vi brillar entre las ramas; una de las espinas del árbol hirió profundamente mi pecho, y la sangre salió con tanta abundancia, que sentí que mis fuerzas se debilitaban. Apenas tuve fuerzas para bajarme del árbol y vendar mi pecho con uno

de los pañuelos de seda animal que habían fabricado mis hermanas. Tenía que andar una media legua para llegar á nuestra morada, y me puse en camino, pero bien pronto mis piernas se doblaron y un vértigo trastornó mi cabeza, y me fué imposible, no solo continuar, sino hasta reconocer el camino que debería seguir, aun cuando hubiera reunido alguna de mis fuerzas perdidas. Hacía mucho tiempo que la costumbre de andar por el bosque me había hecho inútil la precaucion de señalar de trecho en trecho con la ayuda de una piedra cortante, la corteza de los árboles que aparecían en la ruta que debería servirme de guía para la vuelta.... Debilitado por la pérdida de mi sangre, y sin claridad, ¿cómo conseguí mi intento? ¿Cómo hallar la suficiente entereza y sangre fría para valirme de los muchos indicios que me guiaban en otras ocasiones, cuando gozaba de toda mi fuerza y de toda mi inteligencia?.... No tuve otro remedio que sentarme al pie de un árbol para esperar allí que se cumpliesen los altos decretos de la Providencia.

Sin embargo, cuando vino la noche, mis hermanas, acostumbradas á verme de vuelta con exactitud antes de la hora de nuestra comida, se alarmaron, y comprendieron desde luego que algun accidente imprevisto me había detenido en el bosque; Sara tomó bien pronto una de aquellas prontas decisiones que tanto la caracterizaban.

—Quédate en la cabaña, dijo á Nelly, con el objeto de que si viene Jorge, y está herido, encuentre socorros y quien pueda suministrárselos. Yo parto con Oberon, por ver si descubro á nuestro hermano, que me dijo hoy por la mañana que se dirigia hacia la parte oriental del bosque.

Después de haber dicho esto, llamó al canguro que dormía sobre la yerba, ató á su cuello una linterna que contenia dos ó tres gusanos de luz, y colocó en un pañuelo cincuenta ó sesenta de estos insectos, á los pies de los cuales tuvo el cuidado de atar una hebra de seda. Terminados estos preparativos se puso en camino precedida de Oberon, que parecia comprender lo que

se le hablaba y á lo que iba; andando de derecha á izquierda, enderezando sus orejas al mas leve ruido, y deteniéndose para escuchar mejor.

A medida que el camino que Sara recorria presentaba mas complicacion, iba poniendo en las ramas de los árboles uno de estos insectos luminosos, de suerte que aquella luz colocada de la manera que acabo de hablar, le sirviera de guía cuando volviese. Al cabo de una media hora de marcha, Oberon se detuvo de repente apoyando su cuerpo sobre su gruesa cola, y enderezando las orejas; después, sin titubear comenzó á dar grandes brincos, y al poco tiempo no vió Sara mas que los reflejos de la linterna que saltaba á traves de los árboles y por cima del ramaje.

Siguió á este faro singular, y después de algunos esfuerzos llegó al sitio donde yo estaba; pero no bien me percibió cuando me estrechó entre sus brazos llorando, mas este tributo á la emocion y á la ternura duró bien poco, sustituyéndole con la serenidad que era tan necesaria en aquel momento para conducirme á la cabaña. Primero machacó unas cuantas hojas de plantas que sabia eran de una naturaleza suave y benigna; luego las mezcló con un poco de grasa purificada que había tenido el cuidado de conservar, y todo esto lo aplicó á mi herida á fin de detener la sangre é interceptar el contacto del aire. En seguida me hizo beber un poco de leche de coco y quiso echarme sobre sus espaldas, pero al primer esfuerzo que hizo para conseguirlo, se dobló bajo el peso, y me opuse como era natural, á una nueva tentativa de este género. Apoyado con el brazo de Sara y con la ayuda de un grueso palo, conseguí primero levantarme y después casi arrastrando y marchando con lentitud, emprendimos el camino que conducia á nuestra habitacion. Muchas fueron las veces que tuvimos que detenernos, muchas las que nos vimos precisados á renunciar á una empresa tan difícil, mas al fin, gracias á las luces que nos señalaban nuestro camino, llegamos al término de nuestro viaje. Oberon que se había acercado primero

y me había tributado mil caricias, marchaba siempre delante de nosotros é iba rompiendo las ramas que podían interrumpir nuestro camino ó hacernos algun mal: no bien hubo apercibido la cabaña, se precipitó hácia Nelly anunciándole con sus fiestas nuestra llegada y el fin de sus inquietudes.

La fatiga del camino había inflamado mi herida, declarándose una fiebre violenta; me fué preciso por consiguiente permanecer quince dias consecutivos sin salir de la cabaña, durante los cuales, mis hermanas no omitieron ningún género de cuidados para curarme, ó al menos emplear todos los medios para acelerar mi convalecencia, á fin de prepararme á nuevas escursiones.

—Vd. lo está viendo, Samuel, cuando se refieren semejantes realidades, ¿podrá espermentarse mucho interés en las ficciones? Es menester dejar las emociones del arte á aquellos que jamás han espermentado las de la naturaleza, á los que viven en el mezquino y raquitico circulo de la civilizacion. Pero aquel que ha pasado su infancia en el seno de un desierto, no le mueve otro espectáculo que el que Dios le presenta en su misma naturaleza.

Jorge soltó de repente el brazo de Samuel y salió del recinto donde se habían estado paseando sin añadir una palabra mas.

V.

LIBERTAD.

A la mañana siguiente Sara volvió á tomar el hilo de su narracion interrumpida, en los términos siguientes.

—Jorge me ha dicho, que ha referido á vd. las inquietudes que nos causaron los peligros de su herida, y cómo nuestros simples remedios que consistian en hojas machacadas y mezcladas con grasa purificada, curaron la llaga de su pecho. No bien logré la salud de mi hermano, cuando la de Nelly me causó temores mas grandes todavía; adquirió su rostro una palidez casi mortal, apoderándose al mismo tiempo de ella una profunda melancolia: nada le interesaba, y cuando yo la preguntaba el

motivo de su tristeza, me respondia que no sentia nada, pero comenzaba á llorar. No tardó mucho sin que se declarase una fiebre violenta; la sangre inflamó su pecho, y una tos seca y continuada siguió al delirio. En medio de sus padecimientos, creí reconocer una fluxion de pecho (pulmonia), mas ¿no pudiera equivocarme en los remedios que había visto emplear en una enfermedad de este género, de la cual había sido acometida en otro tiempo una de nuestras criadas, y llegar á ser mortales aplicados á mi hermana? Además, eran sangrias ó sanguijuelas, ¿y cómo administrar estos remedios sin sanguijuelas y sin lanceta? Sin embargo, el estado de mi hermana se agravaba mas cada dia; se ahogaba, y no nos quedaba ninguna esperanza: tanto mi hermano como yo, llegamos al colmo de la desesperacion.

De repente mi hermano salió y volvió á los pocos instantes con una piedra muy pequeña y afilada, que participaba la forma de una lanceta.

—Escucha, Sara, me dijo, es preciso salvar á nuestra hermana; yo he visto sangrar muchas veces en los hospitales donde mi padre me conducia; conozco la vena que es necesario picar, aventuremos esta operacion, que probablemente Dios no querrá abandonarnos en esta triste circunstancia.

Nos arrodillamos, y despues de una corta, pero ferviente súplica, nos levantamos llenos de confianza y resolucion.

Jorge tomó atrevidamente el brazo de Nelly, y con una cinta de espato hizo una venda para comprimir el brazo despues de la sangria; por último, la vena cefálica que era menester abrir, pareció. Jorge se inclinó hácia el brazo, yo volví la cara á otro lado, pero bien pronto escuché lanzar un grito. Acudi, Jorge estaba palido como un espectro, y su rostro cubierto con la sangre que corría del brazo de Nelly.

La sangria ya estaba hecha, pero sus consecuencias ¿no serian funestas? ¡Duda cruel y terrible! Cuando se llenó de sangre la concha que tenia en sus manos, Jorge deslió la venda, puso un dedo sobre la vena picada, y la sangre

se detuvo al momento. Juzgue vd. cual sería nuestra alegría, nuestra felicidad.

Desde entonces la salud de la enferma fué insensiblemente mejorándose; respiró con mas libertad, la tos fué dejando de existir, la opresion desapareció, y un sudor abundante, que nosotros aumentamos cubriendo con pieles el lecho de mi hermana, aceleró la convalecencia.

Por último; unos cuantos baños tibios concluyeron la cura. Jorge fabricó un baño ahondando la tierra cerca de la cabaña, en cuyo foso colocó dos grandes conchas de tres á cuatro pies de dimension, de las cuales se hacen pilas de agua bendita en ciertas iglesias católicas de Europa. Solo faltaba hacer calentar el agua, y lo conseguimos echando allí piedras calentadas al fuego. Al salir del baño envolví á Nelly en un peñador de seda animal; luego la cubrí con pieles y la conduje á su cama, la que Jorge habia preparado con sumo esmero calentándola con piedras arrimadas al fuego.

Después de dos meses de temores y continua agitacion, nos volvimos á encontrar apacibles y dichosos, aunque sin esperanza de volver á Europa y á nuestra patria; pero tambien es cierto que muy raramente esperimentábamos este deseo. Nos parecia tan imposible ser descubiertos en aquella costa desierta, que nos acostumbamos á esta vida salvaje, y la que resolvimos soportar con paciencia, mientras que Dios se sirviera sustentarnos sobre la tierra.

Pero de cualquier modo que sea la Providencia habia decretado que dejaríamos los desiertos de las costas del cabo Cuvier, y que volviésemos á habitar la Europa. Un domingo por la mañana, Jorge acudió á anunciarnos que se apercibía á la estremidad del horizonte las velas de una embarcacion. Esperimentamos mas sorpresa que alegría con semejante nueva: sin embargo, fuimos á la ribera y esperamos el resultado de un acontecimiento tan nuevo como inesperado.

No tardamos mucho en reconocer que el navio se dirigia hácia la costa, y una hora después observamos que echó el ancla á un cuarto de legua de la isla.

Al poco tiempo puso un bote en la mar y vino hácia nosotros que hacíamos señas agitando pieles colocadas en la punta de un palo.

El bote se paró no lejos de nosotros, y el oficial de marina que se encontraba á bordo, sacó su espada como para defenderse; procuró hablarnos de lejos por medio de gritos, pero figurese vd. cual sería su sorpresa cuando oyó á Jorge que le contestaba en buen inglés: al instante envainó su espada y corrió hácia nosotros con los brazos abiertos.

Nos dijo entonces que solamente para descubrirnos y llevarnos á Europa, navegaba aquel navio. Una chalupa que llevaba á algunas personas del navio de mi padre, habia llegado á Port-Jackson después de una larga série de infortunios; allí habian referido el naufragio, del cual habian sido victimas; añadiendo que sin duda algunos individuos habian logrado arribar á la costa. El mayor Lachlan Maquerie, gobernador de la colonia y próximo pariente de mi madre, resolvió al instante enviar una embarcacion en busca de las victimas del naufragio, y sobre todo en la de los miembros de su familia; la nave habia recorrido vanamente todo el litoral por espacio de diez y ocho meses, y ya iba de vuelta desesperanzada en el cumplimiento de su mision, cuando la falta de agua los obligó á detenerse delante de nuestra ribera.

Aquella misma tarde dejamos nuestra cabaña y los lugares que habíamos habitado por tanto tiempo, no sin derramar abundantes lágrimas, y no sin llevar con nosotros como preciosas reliquias los utensilios que nos habíamos fabricado. Tambien nos llevamos á Oberon que se manifestaba asustado á la vista de tantos marineros; pero mayor fué su espanto cuando la nave comenzó á andar, porque el pobre animal vino á refugiarse á mis pies, y se necesitaron muchas semanas para que consintiese en separarse de mi lado y recorriese el puente.

¿Qué mas puedo añadir á vd? Algunos dias después de nuestra partida del cabo Cuvier, llegamos á Port-Jackson donde nuestra presencia produjo una profunda sensacion, pues no habíamos

podido, por falta de vestidos convenientes, abandonar nuestras túnicas de seda animal.

Nuestro pariente, el mayor Lachlan Maquerie, nos concedió una tierna hospitalidad, y se ocupó en prepararnos los medios de volver á Europa, donde seguros de nuestra muerte, eran muchos los que querian apropiarse la fortuna de mi padre.

Mientras que el mayor hacia los preparativos para nuestro viage, nosotros procurábamos cumplir las intenciones de nuestro padre respecto á la salvacion de Diana, y al dia siguiente de nuestra

llegada, esta buenay desgraciada jóven se encontraba á nuestro lado.

Propusimos á Diana una pension bastante considerable para poder reparar en lo posible las desgracias injustas que el error de mi madre le habia causado, pero Diana rehusó nuestras ofertas.

—Si yo he sufrido la horrible condena, respondió, la brillante rehabilitacion obtenida hácia mi por vuestro padre, el viage que emprendió para arrancarme de estos tristes lugares y conducirme á Europa, viage que le ha costado la vida, y vuestra amistad so-



bre todo, ¿no son ámplias compensaciones para mis dolores olvidados? Si vd. quiere hacerme dichosa, permitame que me una á vuestra persona para no separarme jamás. Yo he sido educada al servicio de vuestra familia, dejadme morir en vuestro servicio.

Levanté á Diana y la abracé tiernamente, y desde esta época, Samuel, no

nos ha abandonado un instante; ha venido á Europa con nosotros, ha venido acompañándonos en todos nuestros viages y la muerte tan solo podrá separarnos.

—O bien un casamiento, interrumpió Samuel.

—No, respondió Sara, jamás: no puedo esponder de los sentimientos de Jor-

ge y de Nelly, pero en cuanto á mí, puedo asegurar que nunca me separaré de ellos. Cuando se han sufrido los infortunios que hemos experimentado, cuando tanto tiempo hemos vivido el uno para el otro, es imposible que nos podamos separar. Desde nuestra venida á Europa, ha tenido Jorge necesidad de hacer algunos cortos viajes respecto á negocios de familia, mas estas operaciones de cortos instantes, han renovado en nosotros las inquietudes que experimentábamos, cuando le creíamos perdido en los desiertos del cabo Cuvier. Las desgracias han estrechado mucho el lazo fraternal que nos unía para que pueda ser roto jamás.

Samuel continuó visitando, durante su residencia en París á la familia de lord E.*** Hacia la primavera, Sara, su hermana y Jorge hablaron á su amigo de su próxima partida para Alemania, y con efecto, no pasó mucho tiempo sin que dejasen á Paris. Este fué el momento de una separacion, que acaso debe durar siempre, y el instante en que obtuvo de ellos el permiso de publicar la relacion de sus maravillosas aventuras, bajo la condicion de no señalar mas que por iniciales el nombre, tan célebre en Inglaterra, de su antigua é ilustre familia.

S. HENRY BERTHOUD.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

EL MONGE MISTERIOSO.

1.

Figurémonos una hermosa mañana de primavera del año de 1536, y situémonos en las inmediaciones de Yuste, uno de los parages mas escondidos y apartados de Estremadura, donde aun existe un monasterio que toma el nombre del mismo lugar, pero que sin embargo de su apartamiento y soledad, esen suma delicioso. Del mencionado monasterio acaba de salir un fraile, que esconde su cabeza en la capucha, con los brazos cruzados, llevando en su mano derecha un libro, como es de suponer, devoto, y marcha con cierta dignidad y firmeza y con los ojos fijos en la menuda yerba. Devez en cuando alza la vista y la dirige al firmamento, lanza un profundo suspiro, pero sin interrumpir su marcha lenta y magestuosa. Este sacerdote se dirigió por un angosto y tortuoso sendero, que conducia á un

elevado vallado, vestido de ramas espinosas, al pie del cual se sentó, y abriendo su libro devoto, fijó los ojos sobre sus páginas, y así permaneció un gran espacio de tiempo. A su derecha habia una profunda zanja, la cual se atravesaba con el auxilio de un deteriorado y mal construido puente, compuesto de dos delgadas tablas de pino afianzadas con sogas á cuatro estacas clavadas en la tierra y situadas dos en cada extremo de la referida zanja.

Absorto se hallaba el silencioso y melancólico sacerdote en su lectura, cuando de repente hirieron sus oídos los delicados y penetrantes acentos de la voz de una niña, que atravesando el puente con una muger anciana decia:

—Un poco mas á la izquierda, abuelita mia; cuide vd. no tropezar con algo; no separe vd. la mano de mi hombro.

El sacerdote echó una mirada grave y penetrante á través de su capucha hácia el sitio de donde habia salido aquella voz infantil, y no pudo menos que admirar, la escesaiva ternura, con

que una jóven aldeana, que representaba unos once años, y bonita como una estrella en noche serena, conducía á una muger anciana y ciega, que con sus piernas vacilantes sobre las tablas que se doblaban á su peso, marchaba despacio, manifestando en su rostro el miedo y el deseo de llegar al lado opuesto de la peligrosa zanja.

El fraile volvió á mirar el libro, y exclamó en voz baja:

—Se elevan arcos triunfales, y se riega de flores el tránsito del poderoso cuando es victoreado por un pueblo, que tal vez no conoce que rinde un tributo de admiración al que ha de erigirse en su verdugo al otro día, y la pobreza, la desgracia, no encuentran mas que dos miserables tablas incapaces de sostener la dulce y preciosa carga de la virtud.

A este tiempo la abuela y la nieta habian dejado el puente á sus espaldas.

—¿No queréis descansar un poquito? preguntó la niña.

—Sí, respondió la anciana; busca un buen sitio donde el sol nos dé de frente, que tenemos tiempo sobrado para llegar á Yuste antes de las doce.

Con efecto, las dos se sentaron también al pie del vallado á la derecha del contemplativo fraile, (que no habia visto la niña, porque le ocultaba un espeso matorral desprendido del vallado,) y á distancia de unos cincuenta pasos.

—Abuelita, dijo la niña, en tanto que vd. descansa, voy á trepar por el vallado y ver si puedo acabar de llenar de zarzamoras mi cestita.

—Ten cuidado con las espinas, dijo la anciana.

—No tengais recelo, ya estoy habituada á cogerlas sin hacerme daño..... ¡Qué contento ha de ponerse hoy el prior del monasterio cuando vea que le llevo la cestita llena de zarzamoras!

La niña trepó por el vallado con extraordinaria agilidad y cogió las zarzamoras que eran suficientes á llenar la cesta. Cuando concluyó su faena, bajó con la misma destreza y tomó asiento al lado de su abuela.

—¿La llenastes? le preguntó esta.

—Sí, la he conseguido llenar.... Ah!

esta cantidad de zarzamoras lo menos ha de valernos diez cornados.... con ese dinero ya podemos comer hoy, y mañana Dios se servirá favorecernos con su santísima Providencia.

—Hija de mi alma, dijo la ciega, ¡qué buena eres! ¡con qué angelical solicitud ganas mi subsistencia! El cielo te hará mas dichosa que yo he sido..... sí, mi querida Natividad, yo he sido feliz en algun tiempo.... Cuando mis ojos podian ver y admirar las maravillas de la naturaleza.

—Madre Brigida, dijo Natividad, ¿hace mucho tiempo que se quedó vd. ciega?

—Diez años, hija mia; hace diez años que perdí este sentido que no se aprecia en su justo valor sino cuando se carece de él. Dios perdone al que tuvo la culpa....

—¿Cómo!... no abuelita mia, ¡Dios le castigará!

—Sin embargo, yo le he perdonado, pues aunque no fué su intento dejarme ciega, no me ha socorrido en mi desgracia como debería haberlo hecho.

—Vd. nunca me ha contado el suceso, madre Brigida, y estoy deseosa por saberlo.

—Escúchame, Natividad, quiero contártelo todo desde su principio.

El fraile, aun cuando tenia la vista clavada en el libro, puso toda su atención en la historia que la ciega iba á comenzar.

—Hace algunos años, hija mia, que tu madre Magdalena vivia feliz con Anton Ruibardo, sargento de guardias españolas, y auxiliar del ejército de los caballeros de Malta. En tan dichosa union veíamos transcurrir los dias en medio de la mas grande felicidad, porque los esposos se amaban tiernamente y aliviaban mi vejez prodigándome todo género de cuidados. De vez en cuando tenia que ausentarse tu padre Anton, porque los asuntos del servicio militar le llamaban, y yo quedaba sola con tu madre Magdalena, la hija de mi corazon, que no omitia nada de cuanto podia contribuir á endulzar mi fatigada existencia. En una ocasion en que los españoles se rebelaron contra la insupportable tiranía de los flamencos, y con

la enseña de la *Santa Liga* recorrian los campos gritando viva el pueblo y auera la tiranía, tu padre recibió ór-

denes de pasar inmediatamente á incorporarse á su regimiento, destinado á sofocar la insurreccion de los toledanos,



bajo el mando de don Inigo de Velasco, gobernador y condestable.

El fraile duplicó su atencion, al escucharesta relacion histórica.

—Paréceme ver en este momento, prosiguió la anciana, al marido de Magdalena besándose la mano y diciéndome: «Madre, los enemigos del empera-

dor han enarbolado el estandarte de la rebeldía, es preciso partir y ponerme bajo las órdenes del condestable que escarmentará la osada pretension de los sublevados; os dejo con Magdalena, la que algun día verá entrar á su esposo triunfante como en otras ocasiones, porque ya está acostumbrado á salir con felicidad en medio de los azares del ruidoso combate.» Yo le bendije entonces y le seguí á su habitacion, donde Magdalena le esperaba con una copa de vino, la cual tomaba siempre á su salud cuando se despedia en casos análogos. Mas un ruido de voces, de vivas y mueras, llamó su atencion; y dejando encima de una mesa, la espada, el sombrero y la capa, pasó á asomarse á la puerta de la calle para enterarse de lo que acontecia.... yo tambien le seguí, y ¡ojalá no lo hubiera hecho, para no ser testigo de la horrible escena que presencié! Una partida de foragidos, que se habia separado de la masa general del pueblo armado que mandaba don Fernando Dávalos, acababa de entrar en Badajoz cometiendo contra este vecindario todo género de desórdenes. Cuando vieron á tu padre asomado á la puerta, conocieron por el traje que ceñía que era soldado de guardias españolas, y acudieron á nuestra morada, dando vivas á Dávalos y Padilla, y mueras al cardenal Cisneros y á Xebres. (1) «Síguenos, le dijeron los revolucionarios: desprecia, abandona al emperador que protege á las sanguijuelas de España.» Tu padre, entonces, sin conocer el peligro á que se veía espuesto, dominado por un excesivo pundonor, insultó á los que le hacian tales proposiciones, llamándolos traidores á su rey y á su pueblo. Indignada aquella chusma enfurecida, acometió á tu padre sin que le dieran lugar á coger la espada que dejó sobre la mesa; y á pesar de mis lamentos y los de tu pobre madre, el desgraciado Anton Ruibardo fué bárbaramente maltratado y herido de bastante gravedad, aunque los rebeldes

se ausentaron dejándole por muerto.

Los comuneros, que así se llamaban los revolucionarios, salieron de Badajoz á las pocas horas despues de haberla saqueado sin piedad; á tu padre le prodigamos los mas esquisitos cuidados, y aun no se habia restablecido completamente, cuando se despidió de nosotras para encaminarse á Toledo, á donde llegó dos dias antes de la ejecucion de Padilla. Diez años despues, volvió tu padre, con la misma graduacion, pero con su pecho cubierto de condecoraciones, por su comportamiento en las diferentes batallas que se dieron para reconquistar el ducado de Milan. Tu padre fué el dichoso soldado que habiendo tenido la suerte de matar el caballo del rey de Francia Francisco I acudió para hacerle su cautivo, pero no determinándose á encargarse de un preso de tanta cuenta, le entregó á un gefe superior, para que este le condujera al parage donde se hallaba el emperador. Muy pronto debia espirar el término que le concedian á tu padre para disfrutar los placeres del hogar doméstico; preparábase á una nueva expedicion, cuando se presentó en nuestra morada un tal Francisco Pizarro, natural de Trujillo, y de bruscos modales, aunque muy diestro en asuntos de guerra; manifestando su resolucion de partir al nuevo mundo y hacerse hombre de gran valía. «Vente conmigo, añadió dirigiéndose á Anton; tus servicios por estas tierras, nunca serán premiados debidamente por el emperador; en esos parages desconocidos haremos fortuna.» Por último tantas fueron las instancias de Pizarro, que Anton resolvió acompañarle, y poco despues tuvimos noticias del engrandecimiento del hijo de Trujillo y de la superior graduacion de tu padre, quien no cesaba de mandarnos dinero y preciosidades. Algunos años despues, volvió Anton; y se presentó á nosotros, con el grado de comandante de la caballeria expedicionaria de Ultramar, y trayendo consigo muchas riquezas. No contento con los servicios que habia prestado á su patria en aquellos lejanos paises, en vez de pedir su retiro, volvió á incorporarse en los ejércitos europeos, y marchó á Flan-

(1) Favorito de don Carlos en el gobierno del estado, y el personaje mas odioso para los castellanos, al cual se le achacaba un amor desmedido hácia el oro de España.

des donde los franceses habian penetrado; durante estos acontecimientos, naciste tú, de cuyo parto espiró tu madre, mi hija Magdalena que nunca dejo de llorar....

—Nose aflija vd. tanto, abuelita, dijo Natividad con un candor angelical, ¿no estoy yo aquí para consolaros?

—Es verdad, pero tampoco ha querido el Ser Supremo que pueda mirarte ahora para contemplar la semejanza de Magdalena, á quien debes parecerle.

El fraile se puso de pie colocándose de frente á las interlocutoras, y echando sobre las mismas una mirada penetrante y casi aterradora: cuando le vió Natividad, lanzó un grito de espanto, abrazándose á la ciega, la cual le preguntó asustada:

—¿Qué es eso hija mia? ¿qué acaba de pasarte?

Natividad acercó sus labios al oído de la ciega y la dijo en voz baja:

—Se ha presentado como una vision, aquel fraile que hace tres dias que ha llegado al monasterio, que diciéndole ayer si me queria comprar las zarzamoras que llevaba, me respondió dando un bufido.... Tiene una cara tan imponente.... echa unos ojos.... si no parece fraile.

En esto el religioso se iba poco á poco acercando á la abuela y á la nieta, y la niña duplicaba su temor.

—¿Porqué tiemblas, niña? le preguntó el monge.

—Padre, dijo Natividad con la cabeza baja y temblando, porque ayer creo que me echó su paternidad del monasterio con muy malos modos, reprendiendo al lego de la porteria por haberme dejado entrar.

—¡Pobrecita! repuso el monge haciéndola una caricia; contigo no iba nada; el lego quebrantó una orden que hay de no dejar entrar en el monasterio mas que á hombres... pero perdona á este religioso de carácter duro y violento, que tiene instantes en que no se acuerda que viste un rudo sayal, y que tanto trabajo le cuesta ejercitar la mansedumbre. Hermana Brigida, continuó dirigiéndose á la ciega. No interrumpas la narracion comenzada; tengo grandes deseos de saber la suerte de Ruibardo.

—¿Estaba escuchando su paternidad? preguntó la ciega.

—Si hermana, la vida de ese militar me ha interesado; ¿vive, ha muerto?.... decidmelo todo.

—Escribí á mi yerno, manifestándole la fatal ocurrencia de la muerte de mi Magdalena; pero la contestacion que obtuve, fué que á consecuencia de una insurrección militar de la cual dicen que formaba parte, fué sentenciado á diez años de confinamiento en Manila; los bienes que teniamos, fueron confiscados por la justicia, y mi nieta y yo, nos vimos reducidas á la mayor miseria. Dejé á mi Natividad en poder de una nodriza que se brindó gratuitamente á sustentarla, y partí para la corte donde se hallaba el emperador, con un memorial pidiendo elindulto de mi yerno.

—¿Visteis á Carlos? preguntó el monge con impaciencia.

—A duras penas logré un dia de audiencia.

—¿Qué os dijo?

—No bien se hubo enterado por quien pedia, me contestó el principe del modo mas acre y duro, añadiendo que no perdonaba á los traidores, y mandó á sus servidores que me echaran.

—¿Qué principe tan malo, abuelita mia! interrumpió Natividad con extraordinaria candidez.

—Dios le perdone, repuso la ciega; por su causa, carezco del sentido de la vista.

El fraile palideció y se mordió los labios, y pasando un corto instante continuó:

—¿Cuál fué el origen de vuestra ceguera, hermana?

—Como sali de aquel recinto tan confusa y aturdida, antes de dar lugar á que los servidores del emperador me echaran, me precipité corriendo fuera del salon, pálida y temblorosa, y al bajar las escaleras, puse un pie en vago y las rodé haciéndome una herida en la frente de bastante consideracion; hecha la primera cura, torné á Badajoz, y aun cuando la herida quedó completamente cicatrizada, mi vista desapareció de un todo.

—Abuelita interrumpió la niña por segunda vez, Dios castigará al que tiene la culpa de que os hayais quedado ciega.

—No hija mia, contestó el monge temblando, perdónale como la hermana Brígida, perdónale... Pero el padre de Natividad debe haber cumplido su condena, porque la niña tendrá mas de diez años, y si Ruibardo pasó á Manila cuando era recién nacida...

—Mi Natividad, respondió la anciana, tiene ya once años cumplidos; su padre habrá muerto, porque hace seis años que no tenemos noticias suyas... Pero tambien puede suceder que haya dirigido sus cartas á Badajoz, y como nos hemos venido á vivir á este retirado sitio....

—¿Y porqué no os quedasteis en Badajoz?

—Porque hubiéramos perecido de necesidad, y un cuarto de legua del monasterio, habitaba un hermano mio, que tenia una pequeña posesion, y con el cual he vivido hasta su fallecimiento.

—¿Luego tenéis una posesion aunque pequeña?

—No señor, ya no tengo mas que una humilde cabaña.

—¡Cómo! ¿La habeis vendido? ¿Os la han arrebatado?

—Tuvieron que abrir un camino transversal para dirigirse á distintos pueblos de Estremadura y la derribaron, y aunque ofrecieron indemnizarme, todavía no me han dado un escudo de plata.

—¡Qué injusticia! Esclamó el monge.

—Madre Brígida, dijo Natividad, ya serán las doce, y no hemos llevado al prior las zarzamoras.

—Dame, hija mia, respondió el fraile, yo se las llevaré.

Y recogiendo la cesta, arrojó un bolsillo en la falda de la ciega.

—Dame las señas de tu cabaña, prosiguió el fraile, para mandarte mañana la cesta.

La niña entonces se volvió hácia el puente, é indicó el punto de su morada; el religioso se encaminó hácia el monasterio, y Brígida y Natividad, habiendo vaciado el bolsillo, y viendo que contenia algunos escudos de plata,

no pudieron menos que admirar la generosidad del padre del orden de San Gerónimo, por lo cual marcharon recogidas á su cabaña, la niña pensando en hacer una buena distribucion de aquella inesperada cantidad, y la ciega confusa y pensando en quien seria este santo varon que con tanta esplendidez socorria la indigencia.

II.

Pasemos al monasterio de Yuste, en el cual, entre muchas, habia una habitacion, cuyas blancas paredes, no contenian mas que un cuadro representando á San Gerónimo haciendo penitencia, y un crucifijo en la pared opuesta. En uno de los estremos de esta estancia se veia un toesco reclinatorio, encima una calavera y unas disciplinas; al lado derecho del reclinatorio una mesa de pino, cubierta con un paño negro, y una silla á la derecha, sobre la cual estaba sentado el monge del dia anterior, sacando del cajon de la mesa puñados de monedas de plata y oro, y depositándolas en una cestita que pocas horas antes contenia una corta cantidad de zarzamoras. Luego que consiguió llenarla, la envolvió en un pañuelo y ya se disponia á salir del venerable aposento, cuando oyó un ruido de voces desconcertadas que gritaban: «pan, pan, que morimos de hambre.»

A este tiempo entró el prior muy azorado.

—¿Qué pasa, hermano? preguntó el monge.

—Algunos trabajadores del campo, de nuestros contornos, que como el año se ha presentado tan malo, y no tienen que trabajar demandan nuestro socorro; el convento les ha dado cuanto podia, repartiendo todo el pan que destinábamos para los pobres; no ha habido bastante para socorrerlos á todos, y á pesar de mis exhortaciones inspirando en ellos la esperanza, han violentado las puertas del huerto y se han arrojado en él, pidiendo pan.

El monge abrió el cajon de su mesa, echó en sus hábitos todo el dinero que le quedaba, y bajó á repartirle por su propia mano. Cuando los gritadores

le vieron llegar, exclamaron algunos:

—Es el monge nuevo.

Este se situó en un sitio donde pudiese ser bien escuchado, y dijo á los demandantes:

—Señores; el que haya recibido su racion de pan, no espere otro socorro; cada cinco individuos llevará un escudo de plata, con cuya cantidad pueden comprar el pan los que no le hayan recibido.... ¡Y ay de aquel mal vasallo....

Aquí se quedó suspenso conociendo que su discurso mas parecia una arenga dirigida á un regimiento insubordinado que una exhortacion piadosa inspirada por la caridad y la mansedumbre. Comenzó pues á distribuir su dinero con el mayor acierto, amedrantando á los hambrientos con sus terribles amenazas, las que evitaban las disputas que se ocasionan en estos casos. Un hombre que tambien alargó la mano para recibir la limosna, cuando vió el escudo en su mano lanzó un fuerte suspiro y exclamó:

—¡Para cinco este escudo miserable!

El hombre que acababa de lanzar esta exclamacion, representaba unos cincuenta y cinco años; ocasionaban la gravedad de su rostro, unos ojos vivos y penetrantes, un bigote espeso y enteramente cano, una frente espaciosa, y su mirada magestuosa y significativa. Sus vestidos estaban rotos y empolvados; llevaba un morral á la espalda y un grueso palo en su mano derecha; sus cabellos blancos eran cubiertos por un sombrero sin pluma y de anchas alas.

Cuando el religioso que repartia la limosna, le oyó soltar la exclamacion que dejamos apuntada, le miró con aquellos ojos aterradores que ponía de vez en cuando, y despues de un corto instante de siniestra contemplacion le dijo:

—¿Te quejas? ¡Soberbio!...

—Me quejo, respondió el otro con tono imperativo.

—¡Miserable! contestó enfurecido el monge, ¿sabes á quien estás hablando?

—Porque lo sé respondo así, repuso al de los bigotes.... ¿No padece V. M. al dar una limosna al hombre que ha der-

ramado su sangre por defenderte, que ha sido vilmente calumniado, que hace un año que cumplió una condena injusta, y que anda errante buscando una madre anciana, una hija que el cielo le dió en hora desventurada, y un albergue para un militar honrado que llora la pérdida de su virtuosa muger? ¿No quiere V. M. que me llene de indignacion, cuando mi madre, si es que vive, está ciega por vuestra causa.

—¿Quién eres? preguntó el emperador temblando de cólera, y echando fuego por los ojos.

—Soy el afortunado soldado que en la batalla de Pavia, tuvo la felicidad de ser el primero que hizo cautivo á nuestro rival y competidor Francisco I.

—Tu insolencia, merecia, que volviesses á Manila otra vez.

—Luego V. M. se acuerda de la condena que me impusieron los infames que me acusaron de traidor.

—Ayer supe todos tus infortunios... Ruibardo, no hagas por Dios que me presente á los que me escuchan con todo lo impetuoso de un carácter que debo dominar, como pasion mundana.

En seguida, entregó al prior el dinero que aun no estaba repartido, mandándole al mismo tiempo que lo distribuyese de la misma manera que él lo hacia, y dirigiéndose despues á Ruibardo añadió:

—Sube conmigo á mi celda que tengo que hablarte.

Con efecto, mientras que el prior cumplia exactamente la voluntad del emperador, haciendo el reparto á los pobres, aquel se encerraba en su celda con el comandante de caballeria Ruibardo, quien despues que justificó su inocencia, y la injusticia con que habia sufrido el confinamiento, pidió una recompensa á sus pesares. El monarca se la prometió, añadiendo:

—Sí, tú supieras lo que es un soberano, que mientras mas poderoso y dilatado es su dominio, menos puede atender á todas partes! ¿Cuántas victimas como tú, no habrán experimentado las consecuencias de una injusticia, sin ser injusto yo, ó al menos sin querer serlo? La posteridad sabrá disimular mis errores involuntarios, por que recor-

dará que al hacer renuncia de mi trono dejé bajo el dominio de mi hijo Felipe II rey de España, á Castilla, Aragón, Navarra, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, el Milanesado, el Rosellon, los Países-Bajos, el Franco-Condado; dejó reconocida su autoridad en Cabo Verde y en las provincias de Tunes y Orán. Por mí posee en las costas occidentales del Africa el reino de las Canarias, las islas de Fernando Pó, de Annobon y de Santa Elena. Por la parte de América, reina en Méjico y en el Perú, en Tierra Firme, Nueva Granada, Chile, y en las vastas provincias fecundadas por el Paraguay y la Plata: también posee las islas de Cuba, la de Santo Domingo, la Martinica, Guadalupe, la Jamaica, y en el mar de las Indias las Filipinas. Todo esto lo he gobernado yo, y todo esto dejé á la España, al tiempo de encerrarme en este escondido monasterio. ¿Qué ejército no he dejado! ¿Qué marina puede competir con la de España? ¿Qué comercio mas floreciente! ¿Qué agricultura! ¿Qué industria mas desarrollada! ¿Qué hombres mas eminentes en las ciencias, las artes, las armas y la bella literatura.... mira Ruibardo, prosiguió el emperador poniéndose de pie y dando paseos por la celda, quiero recordar un momento, tan solo mis dias de gloria en los combates. Quiero acordarme de Milan, de las guerras de Flandes, de mis trofeos en Alemania.... pero no, que tienes una madre y una hija, y es preciso que corras á abrazar á esos objetos de tu cariño. Ven, sígueme Ruibardo.

—¿Cómo! preguntó admirado el antiguo militar.

El emperador refirió el suceso del día anterior; cogió la cesta que habia llenado de escudos, y voló con Ruibardo á la cabaña donde habitaban Brigida y Natividad.

¿Qué mas podremos añadir? Esta familia se abrazó con ternura en medio de las mas estremadas caricias, regocijándose Ruibardo de ver á una hija tan virtuosa y á quien tanto deseaba conocer. El emperador protegió á los tres, dándoles una magnífica casa en Badajoz y una fuerte pensión para disfrutar de una vida cómoda y

tranquila. La ciega falleció al poco tiempo en medio de los tiernos cuidados de sus parientes, la niña Natividad creció en años y hermosura, y cuando murió su padre era camarista de Isabel, la esposa de Felipe II, y estaba casada con un título de Castilla que ademas de su nobleza poseía bienes inmensos. La virtud y la inocencia, padecían, pero algun día la mano de la Providencia viene como un ser compasivo y benéfico á remunerar con la dicha un largo periodo de sufrimientos.

I. A. BERMEJO.

INDEPENDENCIA. La verdadera independencia estriba en estas tres palabras: *vivir con poco*. Este es el mejor preservativo contra la dependencia, y este precepto no solo se refiere al alimento, y al vestir, sino á otras muchas cosas.

W. Cobbett.

IDEAS. Las ideas son un caudal que nada produce sino le maneja el ingenio. *Rivarol.*

IRA. La ira es la pasión que mas perjudica al entendimiento. Nadie dudaría en castigar con la pena de muerte á un juez que por ira hubiera condenado á un criminal, ¿Por qué se permite que los padres y preceptores castiguen á los niños, cuando están airados? En este caso el castigo deja de ser correccion, es venganza. La correccion equivale á un medicamento para el niño. ¿Tolerariamos á un médico que estuviera encolerizado contra el enfermo que estuviera á su cuidado?

Montaigne.

Cuando Sócrates estaba encolerizado, entonces era cuando menos y con mas dulzura hablaba: se veía que estaba airado, pero se conocía que era dueño de sus afectos.

Plutarco.

La ira empieza por la locura y concluye por el arrepentimiento.

Máximas de los orientales.

MUGERES CELEBRES.

MARIA ESTUARDO.

III.

LA FUGA MALOGRADA.

Mortimer, despues de haber espedido aquellas palabras con el acento de la venganza y la resolucion, salió precipitado detrás de la comitiva que acompañaba á la reina. Mientras tanto Maria quedó sola en su prision con su nodriza, la cual aproximándose á su reina la dijo inundada de lágrimas.

—¡Oh! ¿qué habeis hecho, señora? Isabel se aleja enfurecida; todo está perdido; ya no veo ninguna esperanza de salvacion para vos.

La reina de Escocia permanecia aun como fuera de sí, mirando á la puerta por donde se habia ausentado su rival y competidora, y sin poner atencion á lo que Ana la decia, como si se encontrase sola, prosiguió dando un suspiro de desahogo en señal de satisfaccion.

—Quisistes humillarme, pero no has podido, rival usurpadora. Te he respondido como reina que soy, inspirada por el derecho que las leyes de Inglaterra me dan hácia el trono que me has usurpado.

En este momento volvió la cara, y encontrándose frente á frente de su nodriza, no pudo resistir á la tentacion de abrazarla, y de decirla despues que imprimió un beso en su frente:

—¡Qué bien me siento, Ana querida! Despues de tantos años de abatimiento y servil sumision, he logrado un momento de triunfo; mi corazon queda aliviado de un enorme peso que le aba-

tía; acabo de clavar un puñal en el seno de mi enemiga.

—Desgraciada de vos, exclamó Kennedy llorando; vuestro delirio os estravia: es cierto que habeis triunfado hoy de vuestra enemiga, pero mañana hará ver al mundo que es la reina, y sufriréis las terribles consecuencias del ultraje que la habeis hecho. Se hallaba en presencia de su amante.

—¡Oh! qué alegría, exclamó la prisionera; la presencia del conde de Leicester me dió nuevo valor para derribarla de la altura en que se habia colocado.

No bien habia la proscripta acabado de pronunciar estas palabras, cuando Mortimer se presentó de nuevo, significando con la alegría de su semblante, que era portador de alguna buena noticia.

—¡Ah! exclamó Maria cuando le vió: venid, Mortimer; ¿qué me decis? ¿Habeis hablado al conde de Leicester? ¿Qué os ha dicho? ¿Qué puedo yo esperar de ese caballero?

—Nada, repuso Mortimer enfureciendo el rostro.... es un cobarde; no esperéis nada de él.... despreciadle.

—¡Cómo! ¿Qué decis? preguntó Maria con marcada agitacion.

—Ese hombre, no es digno de la confianza que habeis depositado en él. Sois harto desgraciada para que pueda poner los ojos en vos, separándoos del lado de Isabel.... Le fascina mas el vano oropel del trono de Inglaterra, que se conduce de una infortunada á quien ha jurado un falso amor.

—¿Le habeis entregado mi carta?... Entonces puedo contar con mi libertad.

—Nunca, repuso Mortimer: el cobarde tiene miedo á la muerte.

—¿No quiere hacer nada por mí?

—No nos ocupemos de ese mal caballero, y mas cuando para nada le necesitais.... yo, yo os libentaré, yo solo.

—¿Qué podeis hacer vos solo en favor de esta pobre muger?

—Nada temais, dijo Mortimer: habeis encolerizado á la reina, y con esta entrevista todo lo habeis perdido; por lo cual es menester audacia y decision; es preciso arriesgarlo todo, para salvarlo todo; antes de mañana debeis estar fuera de esta prision.

—¿Por ventura, esta noche?... preguntó Maria.

—Escuchad, continuó Mortimer con precipitacion: he conseguido reunir á los enviados del cardenal á corta distancia de este castillo, y aguardan en una emboscada la ocasion en que pase la reina en su litera con direccion al parage donde hoy mismo debe celebrarse un torneo: estos franceses emboscados, trabarán una lucha á muerte con la escolta de caballeria que acompaña á Isabel.

Luego que dijo esto, asió á Maria de la mano y la condujo al balcon que daba vista á un lago, y en cuya opuesta orilla se veia una torre bastante elevada.

—¿Véis aquella torre? continuó señalándola con el dedo: solo dista de este castillo unos ochenta pasos: esa fortaleza está inhabitada; las llaves estaban en poder de mi tío; yo las he cogido, y he encerrado treinta y cinco escoceses católicos que han venido á salvaros, y á una señal que yo haga desde este balcon, saldrán como leones para pasar á cuchillo á la guardia que os vigila: yo daré mi señal cuando sepa desde aquí que los de la emboscada han triunfado. Este es el plan, señora; ahora prestad toda vuestra resolucion, que no tardará mucho sin que os pongais en camino para pisar los dominios de Escocia.

—¡Yo tiemblo! dijo Maria.

En este momento se oyó la detonacion de un mosquete, y á los pocos instantes se escuchó una descarga que atronó el campamento.

—¡Llegó la hora de vuestra salvacion! gritó Mortimer con estremado gozo, al mismo tiempo que Maria y su fiel

nodriza, postradas de rodillas pedian al cielo misericordia.

Mortimer, batiendo las palmas y dando estrepitosos vivas, se asomó al balcon para dar la señal á la torre fronteriza; vió que uno de los franceses perteneciente á la liga del cardenal, colocado en una pequeña altura alentaba á su tropa dando vivas á Maria Estuardo y á



la religion católica. Mortimer ya iba á dar la señal á los encerrados de la torre, pero observó que los franceses eran arrollados por la escolta de caballeria, y que la litera de la reina ganaba terreno y se ponía en salvo; poco tiempo despues fué cogido el gefe francés que alentaba á los suyos con la gorra colocada en la punta de su espada: una nube de polvo que se levantó en el lugar de la refriega, dejó suspenso á Mortimer sobre el éxito de aquella empresa temeraria.... Sin embargo, con el intento de arriesgar el todo por el todo, sacó un pañuelo encarnado para enarbolarle á fin de que salieran los de la torre para acometer á los guardias del castillo, mas á este tiempo entró Paulet en la prision, azorado y casi sin aliento.

—¡Mortimer! gritó al ver á su sobrino; te has perdido, me has perdido.... Un prisionero francés te acaba de acu-

sar de traidor á tu patria y á tu reina.... Vienen á prenderte.... ¡Huye desgraciado!

—¡No! dijo Mortimer con entereza; si no hay mas remedio que sucumbir, quiero exalar el último suspiro, pero matando.

—Huid, huid, le dijo María derramando un torrente de lágrimas.

—No, mi reina; dijo Mortimer desnudando su espada; quiero precederos en el terrible trance de la muerte.

—¡Huye, miserable! gritó Paulet desesperado; no quieras arruinarte y arruinarme!

—Poned en salvo vuestra vida, dijo la reina, pues acaso por ese medio consigais poner á salvo la mía. Huid.

—A esa condicion, transijo; llevadme donde querais dijo el jóven dirigiéndose á su tío.

—No perdamos tiempo, repuso Paulet cogiéndole de la mano; en el oscuro sótano de este castillo.... pero no nos detengamos que siento ruido de pasos en la escalera principal, bajemos por el caracol que presta salida al lago.

Después de un corto momento se abrieron con estrépito las puertas de la prision, y entraron unos cuantos soldados armados y conducidos por el gran tesoroero, que pálido y casi sin aliento gritaba:

—¿Dónde está Paulet?... ¿Dónde está el traidor de su sobrino?

Y diciendo esto no cesaba de registrar por todos lados; pero viendo que á nadie encontraba se dirigió á la reina de Escocia, y con su acostumbrada aspereza la dijo:

—Tambien habeis seducido á ese pobre jóven.... le habeis conducido al suplicio, como los anteriores desgraciados que quisieron libertaros....

—Yo no he seducido á nadie, repuso María con magestad, y os aconsejo que efectueis vuestro registro y omitais dirigir la palabra á la reina que os desprecia.

—Poco importa que me desprecieis, contestó el gran tesoroero, este paso que acaban de dar los enemigos de Isabel, pone un término á vuestras intrigas infernales.... Acabais de levantar el pa-

tíbulo que ha de sosteneros para la terrible ejecucion.

Luego dirigiéndose á los soldados y á la demas gente que le acompañaba, mandó cerrar las puertas con suma precaucion, y ausentóse en seguida, dando á entender con su semblante la infernal alegría que le dominaba.

Cuando Paulet consiguió poner á su sobrino en parte segura, pasó al sitio donde se encontraba la reina Isabel, y justificó su conducta manifestando, que jamas hubiera concebido que su sobrino, tan resuelto en batir á los enemigos de Inglaterra, hubiera podido ser seducido por los diabólicos encantos de la prisionera. Isabel pasó á Londres, mandó reunir á los altos funcionarios, y allí se decidió que el parlamento celebrase una sesion extraordinaria, donde definitivamente se acordó que el francés apresado sufriese inmediatamente la última pena, y por último decretaron la sentencia de muerte para María Estuardo. La reina Isabel firmó acto continuo la terrible resolucion del parlamento, y Leicester para justificarse de que no estaba mezclado en la trama, ofreció á su reina darle la prueba mas conveniente, encargándose de asistir con el gran tesoroero á la prision, y presenciar con serena frente la lectura de su sentencia. Pero pasemos de nuevo al lúgubre recinto de la proscrip-ta de Escocia.

Hallábase María en los brazos de su nodriza, cuando un extraño rumor la sacó de su estado de amilnamiento; asomóse al balcón del castillo, y vió que hacía la derecha de la torre inhabitada y á gran distancia, habia una porcion de gente reunida, y contemplando el cadáver del francés cogido, que á consecuencia de la determinacion del parlamento acababan de colgar en una estaca clavada en la estremidad de un paredon perteneciente á un edificio ruinoso. María Estuardo se horrorizó al contemplar aquel triste espectáculo, y lanzando un grito de terror y cubriéndose el rostro con sus manos, pasó precipitada á situarse á un extremo de la prision.

—¡Qué vision tan funesta! exclamó,

¡qué presagio tan fatal! ¡qué horroroso es un suplicio!

—Reina mía, dijo Kennedy procurando consolarla, separad de vuestra mente el espectáculo que acabais de presenciar... La suerte se ha declarado en contra nuestra; todas las tentativas se malogran, pero ¿quién sabe si

el pueblo inglés se interesa en este momento por vos, y condoliéndose de vuestro destino, hace un esfuerzo para poner á salvo vuestra vida?

—Nada espero, Ana mía; ya es tarde; hace tiempo que debía haberse interesado de mi triste posición; será tan poco noble, que presenciara mi su-



plicio, como ha presenciado el de Ana Bolena y el de Catalina de Howard.

A este tiempo oyeron las encarceladas un ruido de pasos que progresivamente se iba acercando; poco después se abrieron varias puertas, y últimamente la que daba entrada á su calabozo por la parte de la derecha. El gran tesoro, el conde de Leicester y Paulet y algunos guardias, aparecieron en presencia de María.

—¡Conde, conde! exclamó la reina llorando cuando vio á Leicester y arrojándose á sus pies; ¿no veis lo que sufre esta desdichada? Compadeceos de

mi suerte.... Sé que ya no me amais, que la esperanza de ser el esposo de la soberana de Inglaterra, os ha hecho mirar con indiferencia los infortunios de esta mujer inocente; pero al menos compadeceidla, y emplead vuestro grande influjo para que no la maten.

El conde la cogió de la mano y la levantó, y respondió á María con afectada gravedad:

—Ya es inútil vuestro ruego; el baron Burleigh, gran tesoro de Inglaterra, viene á leeros la sentencia de muerte; escuchadla con serenidad.

María Estuardo al oír estas palabras

en boca de su traidor amante, se vió á punto de caer desmayada, pero hizo todo lo posible por reunir sus fuerzas, y contestó con aparente serenidad, pero con voz temblona:

—Serena estoy para escuchar mi sentencia de muerte.

Y se apoyó en el brazo de su nodriza, que lloraba del modo mas desconsolador.

El gran tesoro desenrolló un pergamino y leyó la fatal sentencia decretada por el parlamento y sancionada por la reina. Maria clavaba sus ojos en el imposible rostro del conde de Leicester, pero como no habia escuchado nada, cuando Burleigh acabó de leer, preguntó la sentenciada:

—¿Y qué dia, y qué hora es la prefijada para mi ejecucion?

—Mañana, respondió Burleigh, á las ocho.

—¿Y no podré confesarme con un sacerdote católico, ni recibir la forma consagrada del Redentor?

—Imposible, dijo el gran tesoro.

Esteá tiempo que se ausentaba, se dirigió á Paulet, y añadió:

—Grande cuidado en la requisita, señor carcelero, que aunque el plazo es corto, el demonio habita en el alma de los católicos.

—Descuidad, baron, contestó Paulet.

La prision volvió á quedar solamente con Maria y Ana Kennedy. Aquella miró marchar á su cruel amante, y cuando oyó echar la llave á los candados de la puerta por donde habian salido sus enemigos, se arrojó precipitadamente en los brazos de su nodriza diciendo:

—Hasta el hombre que ocupó un lugar preferente en mi corazon, se presenta con insultante descaro al terrible acto de la lectura de la sentencia de mi muerte.

—Despreciadle, señora, respondió Ana; ese mal caballero no ha sido nunca merecedor de vuestro cariño.

—¡Mañana á las ocho, te daré el pos-trimer adios, Ana querida!

Ana entre sus sollozos, respondia:

—Algun ángel velará por vos todavía: el corazon me dice que no ha llegado ese terrible momento.

A este tiempo sonó un reloj que dió cinco campanadas.

—¡Las cinco de la tarde! exclamó la proscripta; qué poco tiempo me resta de padecer!... ¡Oh! yo quisiera confesarme, yo quisiera recibir en mi seno á ese Dios Omnipotente que sana y purifica la conciencia de los pecadores.

—El corazon me dice, que no vais á morir.

—Ya no tengo quien me proteja... ha llegado el término fatal de mi existencia.

Al decir esta última frase, las encaladas lanzaron un grito de espanto... ¿Quién le habia producido? Una flecha que acababa de entrar zumbando por la puerta del balcon y que se quedó clavada en la pared de aquel recinto. Ana miró la flecha y observó un papel atado en el estremo opuesto de la punta acerada: inmediatamente acercó el sillón al parage donde se hallaba el mortífero enigma, se subió, arrancó la flecha, dió el papel á su señora, y mientras que ésta le abria, se asomó al balcon y volvió al instante diciendo:

—Leed, señora; ese papel ha sido enviado por alguno de los escoceses que están en la torre fronteriza.... Veamos lo que os dicen.

La reina de Escocia, se acercó mas al balcon, porque ya iba oscureciendo, y leyó lo siguiente:

«Disfrazado con un traje de marino he atravesado el lago, penetrado en la torre y puéstome al frente de los escoceses, que han prestado nuevo juramento de salvaros á todo trance. No hay momentos que perder; esta misma noche os salvaremos ó pereceremos. Cuando oigais esta noche á un pescador del lago entonar una trova del poeta escocés Osian, alejáos de la tapia de la derecha mirando desde el balcon y estad prevenida. Vuestro fiel vasallo.—Mortimer.»

—¡Ah! exclamó Maria, este jóven tan valiente y decidido acaba de hacerse dueño de mi corazon.

—Esperemos el instante, interrumpió Kennedy, y cerremos el balcon para no infundir la menor sospecha.

Así lo hicieron; á poco tiempo en-

tró Paulet acompañado de un sayon, el cual encendió una gran lámpara colgante que aparecía en medio de la siniestra estancia, y se ausentaron, no sin que Paulet hubiese dejado de mirar todas las puertas con notable proligidad.

Las infelices encarceladas sintieron transcurrir las horas con suma impaciencia y llenas de sobresalto. Por último, dieron las doce de la noche, y poco tiempo después oyeron que una ligera barca se deslizaba por el lago, y que al compás de los remos que batía, el pescador entonaba la siguiente trova.

Suena el eco del torrente,
el viento agitado zumba,
y el traidor halla su tumba,
junto al ríscoso peñón.

Oscar y Dermidio al frente
de su legión aguerrida,
de nuestra Escocia abatida,
proclaman la salvación.

Tres veces cantó el remero esta canción guerrera del poeta escocés, y las agitadas mugeres que la escucharon, se retiraron á la pared opuesta al sitio que se había indicado en la carta. Aun no había transcurrido media hora, cuando hacia la parte superior de la tapia de la derecha, se oyeron unos golpes pausados, y después comenzó á caer mucho cascote en el pavimento de la prisión; la reina y Ana miraban hacia el sitio donde sonaban los golpes, sin hablar una palabra, y bien pronto vieron aparecer un boquete cuadrilátero, cuya cavidad estrechaban unas cuantas estacas. Luego vieron rodar una escala á lo largo de la negra pared, y poco después á un hombre que por ella descendía con estremada agilidad..... Era Mortimer.

Saludó á la reina y á María en voz baja; en seguida sacó una llavecita de su bolsillo, abrió el candado de una puerta situada á un lado del boquete por donde había entrado; bajó una escalera de caracol, al final de la cual encontró una puerta cerrada. Aplicó el oído y dijo en voz baja.

—Escoceses.... ¿Estais alerta?

—Si, respondieron cuatro ó cinco. Abridnos.

—No tengo llave para esta puerta, contestó Mortimer.

—La echaremos á bajo, repuso un escocés.

—No hagais tal; el ruido puede perjudarnos.

—Es muy endeble, dijo otro escocés; me determino á derribarla de un puñetazo.

—Apelemos á ese medio en un caso de apuro, dijo Mortimer. Cuando oigais mi silbato, es que ya la reina se ha salvado; bajad por donde mismo habeis subido y al pié de la torre os esperamos.

Mortimer volvió á subir y se presentó á María.

—Señora, le dijo, creí poderos proporcionar una fuga fácil y segura, pero la puerta por donde debiais salir, tiene una cerradura, que mi llave no puede falsear. Es preciso que subais conmigo por donde yo he bajado, y que luego bajeis por donde yo he subido, para lo cual y á fin de guiaros bien, no os opongais á cuanto haga con V. M.

—A todo estoy resuelta, valeroso joven, respondió María.

—Tú, Kennedy, prosiguió Mortimer mientras que sacaba un pañuelo, te acuestas; te finges dormida, y cuando vengan en busca de mi reina, puedes decir que se ha fugado, sin que tú lo hayas podido ver. Nada podrá resultarte, porque al fin no eres la reina de Escocia. Señora, prosiguió dirigiéndose á María, juntad vuestras dos manos, y cruzadlas.

La reina obedeció, y Mortimer lió las muñecas con el pañuelo que poco antes había sacado; luego le sujetó con una cuerda.

—Pasad ahora vuestros brazos al rededor de mi cuello.

María obedeció y se dejó llevar. Antes de emprender la subida, Ana dió un beso á su soberana y la dijo:

—No me olvidéis, que he sido vuestra inseparable compañera en la desgracia.

—Nunca te olvidaré; adiós Ana de mi corazón.

—Arriba, dijo Mortimer, trepando por la escala; llegó á la parte afuera de

la pared, y comenzaron á descender con el mayor cuidado.

Cuando Ana vió desaparecer á su señora, se hincó de rodillas y exclamó

elevando sus manos al cielo:

—¡Dios mío, protégedla!

—Dirigiase al lecho para hacerse la dormida, cuando un centinela situado



á un extremo del corredor, á donde debían caer los fugitivos, preguntó....

—¡Quién vive!!!

—¡Somos perdidos, exclamó Mortimer que aun no habia acabado de bajar!

Han relevado al centinela que yo habia sobornado.

—¡Quién vive!!! repitió mas fuerte el centinela.

Y los que descendian comenzaron á

subir, y al poco tiempo se encontraron en la prision, confusos y aturridos.

—¡Favor á la reina! gritó el centinela.

Y la voz de alarma cundió por todo aquel recinto; sonaron algunos tiros, la campana del castillo comenzó á tocar en señal de pedir socorro, Kennedy, acudió á abrazar á su reina, un ruido de pasos precipitados, anunció á Mortimer que los soldados subían, y que no había mas remedio que pelear. Entonces se colocó en la puerta que prestaba paso para bajar la escalera de caracol y gritó.

—¡Abajo la puerta, escoceses, y arriba á reñir como valientes!

Con efecto, la puerta no tardó mucho en ser derribada, ni los escoceses en penetrar en la prision; á este tiempo entraron Paulet, y una porcion de soldados alumbrados por hachones, y con las espadas desnudas. Mortimer después que vió que la reina se había retirado á otro aposento se puso á la cabeza

de los escoceses, y se travó allí la lucha mas encarnizada. Los escoceses fueron retrocediendo hasta llegar al sitio por donde habían entrado. Solo dos hombres permanecían en medio de la estancia con las espadas cruzadas y disputándose la vida. A uno de los reflejos de los hachones, Paulet reconoció á su sobrino y dejó caer la espada en el suelo, y como vió que los otros combatientes se hallaban en la mitad de la escalera, asió de la mano á Mortimer y exclamó como un desesperado.

—¡Otra vez, viven los cielos!

—¡Salvadme, para salvadla! exclamó el jóven.

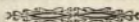
—No sé si esta noche podré conseguirlo.... pero sígueme.

Y mientras marchaban, Paulet iba diciendo.

—¡Maldita sea la muger que nos ha comprometido. *Se concluirá.*

I. A. BERMEJO

REFLEXIONES SOBRE LA NATURALEZA.



LA NIEVE.

Moncayo, como suele, ya descubre,
coronada de nieve la alta frente;

L. L. DE ARGENSALA.

Parecerá á primera vista, por el título de la presente meditacion, que este fenómeno tan comun en la naturaleza, no debería ser examinado por la poca importancia que generalmente se le dá, y especialmente en aquellos países donde suele aparecer todos los inviernos con abundancia; sin embargo deseáramos que nuestros jóvenes lectores, fijasen un poco mas su atencion sobre esta maravilla, á fin de que viesen en la forma de la nieve un espectáculo que proporciona singulares encantos para todo el que quiere reflexionar.

La nieve en sí misma, no es otra cosa que ciertas partes acuosas que se hielan en el aire; por lo cual, la única diferencia que existe entre el hielo y la nieve, es que el agua del primero se hiela cuando está en su ordinaria espesura, y el agua de la segunda, cuando sus partes están aun separadas ó reducidas á vapor. Infinitos experimentos se han hecho, los cuales han probado que la nieve es veinte y cuatro veces mas rala que el agua, y que ocupa diez ó doce veces mas espacio cuando acaba de caer, que el agua que sale de ella luego que se derrite, lo mismo que no sucedería si la nieve no fuese un agua estremadamente rala. Pero la nieve no es precisamente agua, porque la estructura de sus partes, y los efectos que produce, no se conforman con los del agua y el hielo. El modo con que se forma la nieve tiene algo de extraor-

dinario. Cuando las partículas de los vapores reunidos se hielan en la atmósfera, el salitre esparcido en el aire se junta con ellos bajo la forma de un pequeño dardo exágono; mientras se reúne un gran número de dardos semejantes, las partículas de agua que hay entre ellos se endurecen y toman al instante la misma forma del salitre, y de aquí precisamente provienen los copos de seis caras, que se componen de puntas semejantes á agujas muy diminutas, á cuyos lados se pasan otros dardos ó filamentos mas pequeños, pero se altera su forma muchas veces cuando el viento los impele en distintas direcciones.

Basta que una cosa, por maravillosa que sea se repita con frecuencia, para que desde luego sea mirada por nosotros con la mayor indiferencia; con todo, somos de parecer en este momento, que por infinitas veces que se reproduzca una maravilla, no es un motivo para que dejemos de fijar sobre ella la atención; al contrario, debemos ser mas cuidadosos en examinarla, y admirar el poder de Dios, que en todas las estaciones se presenta tan fecundo y tan inagotable en los medios de proveer á la utilidad y á los placeres de los mortales. ¿No es por ventura un espectáculo digno de toda nuestra admiración, ver que la naturaleza forma hasta los copos de nieve con la mas exacta simetría, verlos descender del aire en número tan prodigioso, y observar las distintas formas que suele tomar el agua bajo la mano criadora del divino Ser? Ora se forma en granizo, ora se consolida en hielo, siendo tal la dureza y tenacidad del último, que varia segun el grado de frio á que está espuesto. Dice Chaveneu en sus *Elementos de ciencias naturales*, que «los hielos que se encuentran inmediatos á los polos son por lo mismo mucho mas duros que los que se forman en nuestros climas templados; que el palacio hecho de hielo en San Petersburgo, durante el invierno de 1740, es una prueba de la gran tenacidad y dureza de esta substancia, pues

aunque se le dieron 20 pies de altura y era de hielo el techo mismo, los cimientos sostuvieron todo el peso del edificio, sin abrumarse ni sentirse: añade que delante del palacio se pusieron seis cañones igualmente de hielo del calibre de á 6, y cargados de un cuarteron de polvora con una bala de estopa y aun de hierro colado, que se hizo la prueba de tirar en presencia de toda la corte, y la bala de uno de estos cañones atravesó una tabla de dos pulgadas de grueso á 60 pasos de distancia, sin que por esto reventase el cañon.» Tambien el agua se convierte en escarchas y en copos innumerables, pues Leopoldo, en su viage de Suecia, refiere que «en el año de 1707, nevó en una sola noche, en la parte montuosa de Esmalanda, hasta la altura de tres pies; que se observó en el de 1729, que sobre las fronteras de Suecia y de Noruega, cerca del lugar de Villará, fué tanta la multitud de nieve que cayó, que llegó á cubrir hasta cuarenta casas, pereciendo en ellas sus habitantes.» Dice Mr. Wolf que fué testigo de un suceso semejante acaecido en Silesia y Bohemia; y otro célebre naturalista hace mencion de algunas grandes nevadas que repentinamente caen en la Laponia. «Parece entonces, dice, que el viento sopla por todos lados á un tiempo, pues arroja la nieve con tal impetu que se pierden los caminos en un momento.»

Pues todas estas mutaciones se dirigen á la utilidad y ornato de la tierra, y hasta en los fenómenos mas insignificantes de la naturaleza, se presenta nuestro Dios grande, y digno por consiguiente de toda nuestra admiración.

Por lo tanto, no miremos desde hoy la nieve con indiferencia; contemplemos su maravillosa formacion, y meditemos sobre las ventajas que de ella nos resultan, lo cual podrá conducirnos á adorar la grandeza de ese Supremo Hacedor que la produce y la derrama sobre la tierra.

I. A. BERMEJO.

CUENTOS PARA LOS NIÑOS

EL NEGRO CAREY.

Carey (John-Thomas), negro americano, fué por espacio de muchos años el fiel servidor del fundador de la república de los Estados-Unidos: Nació en 1729 en Monte-Vernon, propiedad de Washington; fué educado por la madre del ilustre general, esta señora que tanto se singularizaba por su admirable sencillez, aquella que respondía á los elogios que Lafayette hacía de su hijo en el momento en que acababa de substraerse tan noblemente á los honores del poder supremo, diciendo:

—No me sorprende lo que Jorge ha hecho, pues siempre ha sido un buen muchacho (*a very good boy*).

Se sabe que Washington, daba libertad á los esclavos de su dominio antes de que ellos lo verificasen por la vía legislativa ordinaria.

Carey habiendo obtenido la libertad, el día en que fué proclamado el acta de la independencia de los Estados-Unidos, se unió espontáneamente á la persona de Washington, y le acompañó todo el tiempo que duró la guerra de la independencia, y hasta la muerte del patriarca americano.

Este esclavo hace poco tiempo que ha fallecido, y le han enterrado en Greenleaf Pout, cerca de Washington. El humilde veterano ha vivido ciento catorce años.

Carey era de mediana estatura, y su aspecto no tenía nada de servil, y el general Lafayette no se desdenaba en hablarle como á cualquiera otra persona. Era franco, virtuoso, buen militar, desempeñando con nobleza, por decir-

lo así, los deberes de su modesta condición.

El retrato de este excelente hombre, que podía decir como Otelo,

«¿El color de mi frente, disminuye mi valor?» acompaña al retrato de cuerpo entero de Washington, publicado en 1788.

Carey está representado en segundo término, teniendo las bridas del caballo de Washington, mientras que este medita sobre el plan de una campaña, con el acta de independencia en su mano.

MESAS DE PLATA DE CARLO-MAGNO.

El testamento de Carlo-Magno conservado por Eguihard, cuenta entre los muebles preciosos del emperador, tres mesas de plata. Sobre la primera, cuya forma es redonda, se veía representada la ciudad de Roma; la segunda que era cuadrada, estaba adornada con la vista de Constantinopla; la tercera, según dice la misma crónica, superaba á las otras dos, no solo por su peso, sino por el mérito singular con que estaba trabajada. Estaba formada por tres círculos, lo cual le daba el aspecto de tres escudos reunidos. «Se veían, dicen, los Anales de San Bertino, esculpidos en relieves con tanto arte como finura, y separados por espacios iguales; también se representaban allí, toda la figura de la tierra, los astros, y los movimientos de distintos planetas.» Luis el Bueno, no se reservó de todos los tesoros del palacio imperial mas que esta última mesa, y aun por un piadoso escrípulo, distribuyó su valor entre los pobres.

PERA DE AHOGO.



El autor del *Inventario general de la historia de los ladrones* (1535) refiere el origen de la espresion de la *Pera de ahogo* del modo siguiente.

Un célebre ladrón, Palioli, tuvo noticias de un cerragero de Paris, y le encargó le hiciera un instrumento diabólico, á la verdad, y que ha causado grandes males en Paris y en toda la Francia: este instrumento era una especie de bolita, que por medio de ciertos resortes interiores llegaba á abrirse y ensancharse en tales términos, que no habia medio de cerrarla ni volverla á su primitivo estado, sino con la ayuda de una llave hecha espresamente para este objeto.

El primero que esperimentó esta maldita y abominable invencion, fué un grueso vecino de las inmediaciones de la plaza real, rico y opulento. Un dia en que se hallaba solo en su casa en compañía de su ayuda de cámara y su lacayo, Palioli llamó á la puerta acompañado de otros tres vagabundos como él. El lacayo creyendo que serian algunos caballeros, fué á advertirselo á su amo que se hallaba aun en la cama, y los hizo entrar en la sala; y habiendo permanecido allí algun tiempo, estuvieron poniéndose de acuerdo acerca de lo que habian de hacer. Unos querian matar al vecino y los otros no; en medio de esta controversia llega el vecino y les pregunta lo que querian; Palioli le tomó de la mano y se lo lleva aparte, prorrumpiendo en estas palabras llenas de blasfemias y extraordinarios juramentos.

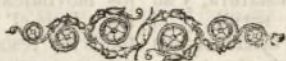
—Señor, es menester indispensablemente, que os mate ó que nos deis lo

que vamos á pedir: somos unos pobres soldados que nos vemos precisados á vivir de esta manera, porque al presente no tenemos otra ocupacion.

Sorprendido el vecino trató de gritar ladrones; pero al instante acudieron los otros tres y amarrándolo le hicieron abrir la boca metiéndole dentro la pera de ahogo; la que al mismo tiempo se ensanchó, convirtiendo al pobre hombre en una especie de estatua con la boca abierta, que no podia hablar ni gritar mas que haciendo visages.

Entonces fué cuando Palioli sacó las llaves de su faltriguera y abrió un gabinete en que tomó dos talegos de dinero; lo que ejecutado en presencia del vecino, le causó tanta angustia y tristeza, como dolores el instrumento, porque mientras se esforzaba en quitárselo de la boca, mas se ensanchaba y se la hacia abrir, de manera que no hacia otra cosa mas que suplicar con gestos á los referidos ladrones que le quitasen lo que tenia en la boca; pero habiéndole devuelto las llaves de su gabinete se marcharon con el dinero. El paciente viéndolos ya fuera, se marchó en busca de sus vecinos y les manifestó por señas que le habian robado, hizo venir cerrageros que trataron de limar la mencionada pera de ahogo, pero mientras mas la limaban, mas tormento le hacian sufrir porque aun hasta por fuera tenia puntas que le introducian en la carne. Permaneció, pues, en este estado hasta el dia siguiente, en que recibió de Palioli la dichosa llave y una carta concebida en estos términos.

«Muy señor mio: no he querido maltrataros ni ser la causa de vuestra muerte. Ahí teneis la llave del instrumento que se halla en vuestra boca, la cual os librará de esa maldita fruta. Conozco bien que os habrá fastidiado bastante, pero sin embargo no dejo de ser vuestro servidor.»



NIÑOS DE LA BIBLIA.



JACOB BENDICIENDO Á MANASÉS Y EFRAIM.

XII.

MANASES Y EFRAIM.



Antes de que Jacob saliese del país de Canaán, para ir á Egipto, donde le esperaba su querido hijo Josef, ofreció sacrificios segun la costumbre de sus antepasados, y dió gracias al Todopoderoso por los grandes beneficios que de él habia recibido, no siendo el me-

Diciembre de 1847.

nor de todos el de recobrar á su perdido hijo Josef. Despues se puso en camino, seguido de sus hijos, nietos y toda la parentela, llevando tambien los rebaños y todo lo mejor que todos poseian. Los carros que con este objeto habian traído de Egipto, permitieron que el anciano, las mugeres y los niños, disfrutasen alguna comodidad en el largo y árido camino que habian de atravesar. Al llegar á la tierra de Gessen, donde la caravana hizo alto, se adelantó Judá para avisar á Josef la llegada de su padre, mientras que este anciano, cada

vez mas conmovido al acercarse á su hijo, se preparaba á recibirle.

Apenas habian disfrutado algun rato de descanso á la sombra de las palmeras y de los plátanos, cuando algunos de los hijos de Jacob, que andaban esparcidos reconociendo la campiña, vinieron presurosos á decirle, como se acercaba hácia donde ellos estaban, una tropa de egipcios, cuyos trages de vivos colores se distinguian á lo lejos y cuyos cascos y lanzas relumbraban con los rayos del sol. Aquella comitiva parecia como que venia escoltando un suntuoso carro, de construccion maciza y tirado por caballos blancos. Venia en el carro un personage, que desde luego llamó la atencion de los hijos de Jacob, y así que el carro estuvo ya mas cerca de ellos, reconociendo al que en él venia, clamaron gozosos:

—Es nuestro hermano.... es Josef.

Levantóse entonces Jacob, trémulo y agitado, á tiempo que Josef, saltando prontamente del carro, vino corriendo á echarse en brazos de su padre, confundiendo por un momento sus lágrimas y caricias. El primero que habló fué el anciano, que contemplando á su hijo con indecible júbilo, le dijo:

—Ya moriré contento, porque he vuelto á ver tu rostro y porque sé que me has de sobrevivir.

Josef, pasados los primeros transportes de alegría, hizo que su padre subiese en su carro, y seguido de la numerosa caravana que formaba su familia, entró con él triunfante en la capital de Egipto.

Si grande era la alegría de Josef al recobrar á su padre y hermanos, no fué menor la satisfaccion del rey Faraon al saber que su privado y su ministro favorito habia vuelto á unirse con su familia. Josef habia cuidado de avisar al monarca todo cuanto estaba pasando, sin ocultarle la humilde, pero honrada condicion, en que habian nacido y vivian todos los de su familia. El rey que no deseaba otra cosa mas que tener contento á Josef, y pagarle lo mucho que le debía, le dió amplias facultades para que obsequiase á su padre y hermanos como mejor le pareciese, y para que sin tardanza los estableciese en

aquella tierra de Egipto que mas á propósito fuese, por lo fértil y abundante en pastos, para que se mantuviesen los rebaños.

El agradecimiento y la política aconsejaban á Josef que presentase su familia al rey, y cuando Jacob y sus hijos fueron introducidos en el palacio de Faraon, no pudieron menos de sorprenderse á vista de una magnificencia enteramente nueva para ellos. Las techumbres incrustadas de azul y de brillante pedreria, estaban sostenidas por columnas de mármol de un grueso desmesurado en proporcion á su altura. Habia salas en que la templada luz bajaba por claraboyas abiertas en la bóveda, y en otras con vistas á deliciosos jardines, las cortinas que entre columna y columna pendian de varillas de oro, templaban el ardor de los rayos del sol. Estátuas y esfinges de pórfido, geroglíficos, pájaros simbólicos y dibujos representando las constelaciones celestes, se ostentaban por todas partes, y en el salon donde se hallaba el solio del monarca, allí el oro y la plata estaban derramados con profusion, allí las colgaduras eran de la mas viva escarlata, allí en fin, los deliciosos aromas, que se desprendian de humeantes pebeteros, embriagaban los sentidos.

Faraon, sentado en su trono, recibió con semblante afable á los hermanos de Josef, que éste creyó oportuno presentar al monarca y les preguntó:

—¿Cuál es vuestra ocupacion?

—Todos, señor, le respondieron, somos pastores de ovejas y tambien lo fueron nuestros padres. A habitar venimos en la tierra que os digneis concedernos, puesto que en la nuestra es ya imposible que subsistan, ni las personas, ni los ganados.

Despues de sus hermanos presentó Josef á su padre, formando entonces maravilloso contraste, ó por mejor decir, quedando eclipsada la grandeza ficticia de Faraon ante aquel venerable anciano, cuyo semblante estaba admirablemente realzado con toda la magestad que la barba larga y los encanecidos cabellos prestan á las facciones del hombre.

Faraon escuchó casi con respeto los votos de felicidad que le dirigía aquel buen anciano con tan sencillo como enérgico language, y despues le preguntó:

—¿Cuántos son los años de tu vida?

—Los dias de mi peregrinacion sobre la tierra, contestó Jacob, componen ciento treinta años, pocos y malos, y que no han llegado todavía á los dias de mis padres y antepasados.

El rey entonces dirigiéndose á Josef, le dijo:

—Toda la tierra de Egipto está delante de tí: escoge la de Gessen ó la que mejor te parezca, para que en ella habiten tu padre y tus hermanos, y se aprovechen de los mas pingües frutos de la tierra. Si hay entre ellos hombres inteligentes en el cuidado de los rebaños, pon los míos á su cargo.

Desde aquel momento quedaron los hijos de Jacob instalados en el Egipto, donde con el favor del rey y mediante la prianza que con él disfrutaba su hermano, consiguieron vivir en la abundancia y multiplicarse prodigiosamente.

Josef que siempre continuó gobernando el Egipto á satisfaccion del rey y con aplauso de los pueblos, tenia dos hijos llamados Manasés y Efraim, habidos de Assenet, hermosísima jóven, hija del gran sacerdote del templo de Heliópolis. Josef, fiel á las costumbres de sus antepasados, al traer á su padre á Egipto, queria que bendijese á sus nietos, para que en ellos se perpetuasen todas las felicidades que parecian como vinculadas en la familia. Por esto cuando conoció que el fin de su padre estaba cercano, le presentó sus dos hijos Manasés y Efraim para que los bendijese, diciéndole:

—Estos son los hijos que el Señor me ha dado en este pais, y que imploran vuestra bendicion.

Postráronse entonces los muchachos ante el lecho del anciano que incorporándose, exclamó:

—No me he engañado en mis esperanzas. Doy gracias á Dios que ha permitido alcance á ver á tus descendientes.

En seguida colocando sus manos sobre la cabeza de los muchachos, los bendijo, diciendo:

—El Diosen cuya presencia anduvieron Abraham é Isaac, el Dios que desde mi adolescencia me ha sostenido y preservado de todo mal, bendiga á estos niños y haga que crezcan y prosperen sobre la tierra.

Desde tan antiguo data la ceremonia de la imposicion de las manos, siempre que se recitaba la fórmula de las bendiciones, siempre que se queria conferir alguna gracia ó poder; pero en la bendicion de los hijos de Josef fué acompañada esta ceremonia de una circunstancia única en la historia. Habia puesto Josef, como era regular, á Manasés su hijo primogénito, á la derecha de su padre y á Efraim á la izquierda; pero Jacob cruzando un brazo por encima del otro, pasó su mano derecha á la cabeza de Efraim, colocando la izquierda sobre la de Manasés, y dando por consiguiente la preeminencia al segundo hermano sobre el primero.

Sorprendido y acongojado José con este significativo movimiento, pugnó por levantar la mano de su padre diciéndole:

—No es así como debe hacerse, padre mio; poned vuestra mano derecha sobre la cabeza de éste que es el primogénito.

—Lo sé, hijo mio, lo sé, contestó Jacob; pero éste que es el segundo, será mayor que el primero y su descendencia se multiplicará mas entre las gentes.

Y así fué conforme lo habia profetizado Jacob, pues la tribu de Efraim fué despues una de las mas numerosas y de mas célebres combatientes, entre todas las de Israel que vinieron á establecerse en ambas orillas del Jordan.

Tales son los misteriosos sucesos con que termina la historia de Josef, y con ellos aquel primer período de la historia del pueblo de Dios, conocido con el nombre de época de los patriarcas.

F. F. VILLABRILLE.

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA.

V.

SCIPION EL AFRICANO.

La dispersa hueste de Roma sin embargo del último triunfo obtenido por Marcio, fué á ocultar su espanto y á lamentar la irreparable pérdida de sus antecesores caudillos á la ciudad de Valencia, donde por disposición del senado tuvo que acudir y esperar con resignación momentos mas bonancibles y dichosos.

Un día en que los valencianos se ocupaban en sus faenas ordinarias, presenciaron con extraña admiración el espectáculo siguiente: numerosos grupos de soldados romanos, precedidos cada uno de un hombre que llevaba una pequeña bandera encarnada, recorrían las calles de la población, dando vivas á la república romana, y entonando himnos y cantos populares propios de aquellos tiempos. Los habitantes de esta ciudad, no adivinando el motivo que los había sacado de su anterior estado de abatimiento, y desearos de saber el origen de tan inesperadas aclamaciones, abandonaron sus tareas, y se unieron á los regocijados gritadores, mas bien con intento de indagar lo que sucedía, que por hacerse partícipes de tan extraordinarias emociones; no obstante, los españoles preguntaban, pero los romanos, como obedientes á una consigna general, ninguno se aventuraba á revelar la causa del misterioso contento.

De pronto sonaron varios toques de clarines en distintas direcciones, y al cabo de algún tiempo, aquellos mismos hombres que habían manifestado su alegría en grupos parciales, ciñeron

sus relucientes armaduras, y siguiendo á sus gefes respetivos y al compás de los instrumentos marciales, pasaron á situarse á un punto fuera de la ciudad que daba vista al mar, y formando una línea bastante dilatada, dejaron á sus espaldas á la ansiosa y asombrada muchedumbre, que mientras mas tiempo pasaba menos acertaba á comprender el desenlace de estos preparativos. Todos miraban al mar, y nada veían sino el límpido azulado firmamento y aquella inmensa estension de agua, que en calma silenciosa venía á plegarse sobre la arena de la orilla.

Hallábase el sol en la mitad de su carrera, cuando aquella gran masa de impacientes espectadores distinguió hacia oriente cuatro objetos, en un principio imperceptibles, que desplegados en una hilera uniforme y de frente á la población, iban aproximándose con rapidez extraordinaria; no tardó mucho el pueblo en distinguir perfectamente cuatro góndolas de forma veneciana con su correspondiente comparsa de remeros. Un gefe romano recorrió la línea fatigando al hermoso alazan que montaba, y dando voces preventivas á las tropas; un prolongado murmullo se siguió á esta pronta maniobra, y cuando las góndolas estuvieron á punto de ser bien vistas, los remeros hicieron alto á la enérgica y sonora voz de un marino: enarbolóse una bandera en la popa de cada una de estas vistosas y ligeras navecillas, y el eco de los mares repitió en sonoro acento los himnos armoniosos que en aquella época componían los poetas mas populares de la opulenta Roma.

Bien pronto comprendió el pueblo valenciano, que estas góndolas que acababan de situarse á corta distancia de la ribera, eran mensageras de un espec-

táculo mas lucido y sorprendente, porque vieron venir hacia la costa un sin número de naves ricamente empavesadas y formadas en hilera de á dos; pero no bien se hubieron acercado mas a la orilla, cuando por medio de una rápida y vistosa evolucion marina, cada hilera fué girando en opuesta direccion, y al cabo de un rato todo aquel conjunto de lujosas embarcaciones, apareció desplegado en ala, dejando un flanco en su centro, por el cual atravesó una nave de mas importancia que las demás, no solo por su tamaño, sino por los ricos adornos que la revestian. Entre la pintoresca y esplenderosa tripulacion que aparecia sobre la cubierta de la nave, sobresalia en primer término un simpático guerrero, cuyo deslumbrante atavio á la romana y su posicion donosa y gentil, atraieron la mas minuciosa contemplacion de la multitud de la ribera. Situado en la popa de la embarcacion, apoyando su pié derecho sobre un alto rollo de cordeles, tocaba, aunque levemente su derecha mano, los dorados flecos de la guarnicion que rodeaban su jubon y que cubrian una parte de su blanco muslo; con la mano izquierda asía la brillante empuñadura de su corta espada; un vistoso penacho compuesto de ricas plumas y de colores muy variados, se mecía á impulsos de una brisa suave y silenciosa, en la parte superior de su reluciente casco. Cuando la nave conductora de este personaje llegó á cierta distancia, quedó parada sin adelantar un paso mas hacia la orilla, pero dando un ligero vaiven á babor y á estribor, á pesar de las pesadas áncoras que se arrojaban al mar. La góndola mas cercana á la referida embarcacion recibió al suntuoso personaje, que acompañado de otros tres caballeros, se fué aproximando á la orilla, conducido por los diestros remeros, y al compas de música y canciones, con aquella noble magestad que solo es concedida al rey de los mares. Bien pronto distinguió la multitud el atractivo rostro del triunfante navegante. Era bello, delicado; sus ojos azules daban una dulce espresion á su semblante juvenil, cuya blancura estaba en perfecta armonia con el dora-

do color de su larga y ondulante cabellera. El activo ginete que recorría la linea de los romanos puestos en formacion, gritó con voz fuerte, y cuyo eco se perdió en los mares.

—¡Viva Publio Cornelio Scipion....!

Esta esclamacion fué repetida por los romanos con frenesí, y tal se sintió el prolongado estrépito de la griteria, que parecia que las aguas del Mediterráneo habian tomado parte en esta sincera cuanto bulliciosa demostracion de patriotismo.

Apenas los pies de Scipion tocaron la blanda arena de la ribera valenciana, cuando le presentaron un brioso corcel lujosamente enjaezado; uno de los capitanes que salieron á recibirle le fué permitida la honra de hincar la rodilla en tierra, y proporcionar con su muslo derecho un estribo ó punto de apoyo, sobre el cual se colocó Scipion, quien dando un salto con suma destreza y gracia, quedó cabalgando el fogoso animal, que casi no eran bastantes á sujetarle los tres esclavos que le asian por las bridas en tanto que el nuevo general le montaba. Cuando Scipion se vió tan entusiastamente saludado por sus tropas, y aun por los valencianos que se apoderaron del mismo sentimiento de admiracion, no pudo menos que corresponder á tan sinceras demostraciones con un afectuoso saludo, acompañado de una ligera sonrisa que contribuía á presentar su encantadora fisonomia con duplicados atractivos.

Cuando vió la multitud que le contemplaba, comprendió que este era el parage donde por primera vez debía levantar su voz en los dominios de España.

—Españoles, dijo con un acento agradable y sonoro. Los lamentos de las victimas romanas sacrificadas en las aras del rigor español y cartaginés han resonado del modo mas lastimero en los ámbitos del senado de la culta y opulenta Roma. Un indomable espíritu de venganza se apoderó del alma de los ciudadanos, y éste que os dirige la palabra fué el encargado de llevar á efecto tan espantosa mision, la cual rechaza valerosamente (sin que le asusten las consecuencias) ante un pueblo

dócil y amigo de sus verdaderos protectores. No mireis en mi persona á un ambicioso conquistador, sino al amigo sincero y desinteresado que viene á emanciparos de la dominacion cartaginesa; míos serán vuestros peligros, míos vuestros infortunios; vuestras mis conquistas, vuestros mis trofeos militares. No seamas que uno el color de la bandera que guie á los combates, tanto á romanos como á españoles, pues uno es el interés de ambas naciones. Españoles, seguid vuestras enseñanzas, que ellas os conducirán al templo de la gloria.

Al concluir esta arenga el jóven romano, se repitieron las aclamaciones de todos los circunstantes, los cuales le siguieron hasta el centro de la poblacion enmedio de los mas frenéticos victoreos. El objeto de tan extraordinaria veneracion, era, como han visto nuestros lectores, aquel célebre caudillo de Roma, que apenas pasaba de veinte y cuatro años, y en tan temprana época de su vida se habia ya grangeado la mas alta reputacion en su patria por sus grandes virtudes (1) y á la sazón se encargaba del mando del ejército romano en España. Del mismo modo que sus parientes parecia entre aquellos pueblos, mas bien amigo que señor, logrando que las tribus iberas renovasen su amistad con la república romana, y prometiesen ayuda á sus tropas.

Al dar principio la nueva campaña, Asdrubal el hermano de Anibal, se hallaba en Sagunto, que por este tiempo ya habia sido reedificada por Scipion; el otro Asdrubal en la Bética, enfrente de Cádiz, y Magon entre Castilla la Nueva y Andalucia. Medida poco acertada fué, ciertamente la de dividir así las fuerzas en tal ocasion, y teniendo que habérselas con un contrario tan temible como Scipion el africano. Con efecto, este célebre caudillo romano, lejos de marchar en busca de alguno de los tres, como lo hubieran hecho sus antecesores, á la cabeza de un ejército respetable, se dirigió sobre

Cartagena, metrópoli de las posesiones púnicas de España, á la cual puso cerco muy apretado por mar y tierra. Alucio, á quien el senado de Cartago le habia conferido el honroso titulo de principe de Cartagena por los brillantes hechos de armas que en otra parte dejamos apuntados, era el que dirigia las tropas sitiadas; pero no encontrándose al parecer, con las fuerzas necesarias para contrarestar á un enemigo tan poderoso, cuando tuvo noticias del asedio que la plaza iba á experimentar, reclamó la cooperacion de alguno de los generales de Cartago ausentes, por lo cual Magon, abandonó á Castilla y voló á marchas forzadas hasta reunirse con su conmilliton, o que consiguió á duras penas, pues la vanguardia enemiga ya ponía en práctica los hostiles preparativos del asedio. Este dió principio con esceseivo vigor; los dos ejércitos beligerantes dieron vivas señales de su grande valentia, pero al fin cupo á Scipion la honra de penetrar al cuarto dia en aquella poblacion tan disputada. El desórden de los sitiados llegó á su colmo; ninguno encontraba un flanco para la fuga, y hasta el mismo Magon quedó cautivo del vencedor.

Sin embargo, Alucio aun cuando vió á los contrarios dentro de los muros de Cartagena, acompañado de unos cuarenta peones decididos á vender caras sus vidas, se situó á la puerta de un magnífico edificio, y con espada en mano y ayudado de sus valerosos compañeros, se defendia como un leon que despedaza enfurecido á todos cuantos animales carnivoros pretenden penetrar en la madriguera donde duermen tranquilamente sus cachorros. Scipion que á este tiempo pasaba por aquel sitio entre las aclamaciones de los suyos, cuando observó aquel desigual combate y el imponderable arrojó de tan bravo mancebo, al verle pronto á sucumbir al superior número de contrarios, exclamó desde su caballo:

—¡Cuartel! ¡Cuartel! No sacrifiqueis á ese valeroso español.

Y atravesando la multitud, se apeó del caballo, se fué derecho al jóven y asiéndole amistosamente de la mano,

(1) Masdeu califica á este célebre personaje con el nombre de *insigne hipócrita*.

dijo á los suyos con aquella dulce sonrisa que tanto le caracterizaba:

—Este prisionero es mio; en vez de apresarle en son de guerra, acabo de cogerte con el irresistible lazo de la amistad. Vente á mi palacio, prosiguió dirigiéndose al joven príncipe.

Alucio embainó la espada, y antes de seguir al vencedor romano, no pudo resistir á la tentación de dirigir una mirada melancólica á los balcones de la casa á cuya puerta se habia situado poco antes, con tan valeroso ardimiento. Scipion comprendió que este movimiento por parte del español bizarro, encerraba algun misterio, pero disimuló, y haciendo como que le habia pasado desapercibido este incidente, condujo al joven al palacio de Magon, á la sazón de su pertenencia, con la mayor afabilidad.

Después que penetraron en un hermoso recinto seguidos de una brillante comitiva de romanos, Scipion interrogó al príncipe de Cartagena, del modo siguiente:

—¿Quién te ha impulsado valeroso mancebo, á emprender tan obstinada y desigual defensa á la puerta de aquella morada?

—General, repuso Alucio con aspecto de noble orgullo; no es á tí á quien debo rebelar la causa que origina los ímpetus interiores de mi corazón. Ya has debido suponer, que algun motivo poderoso me imponia el heroico deber de regar con mi propia sangre el tránsito por donde tenían que pasar mis enemigos para penetrar en la mansión de mis ensueños, hoy funesto recinto de mis esperanzas malogradas.

—Bien, dijo Scipion quitándose el casco y dándole á uno de sus servidores; pero al fin, lejos de perecer en medio de tu loca obstinación, mis palabras han sido parati un objeto de irresistible atracción, y abandonando el puesto que ocupabas, la mansión de tus ensueños queda en este instante en poder de mis tropas vencedoras.

—¡Ah! exclamó Alucio dando á su semblante una espresion de cólerica indignación... Creí salvarla todavía pidiendo tu clemencia, no para mí, para ella.

—¿Y quien es ella?

—Mi Ermengarda, la diosa de mi corazón, de este corazón que ha combatido en los campos para hacerse digno del suyo.

—¿Es tu esposa?

—No; tu repentino asedio, ha paralizado nuestras bodas.

Un ruido de pasos suspendió el diálogo: en el aposento de Scipion, acababan de penetrar un decurion acompañado de una hermosa joven y un anciano.

—¿Ermengarda! exclamó Alucio al reparar en la mujer que conducian.

—¡Príncipe! dijo Ermengarda al ver á Alucio.

Un momento de silencio sucedió á esta casi simultánea exclamación de los amantes.

Ermengarda, no estaba irritada como Alucio, ni temblaba como el anciano que la seguía; sus ojos azules y lánguidos no mostraban haber dejado caer una lágrima sobre aquel blanquísimo rostro en que aparecía el símbolo de una paz profunda, y que no revelaba ningun punto de contacto con la atrevida espresion de su futuro; tenia inclinada su cabeza por un impulso de abatimiento: su cabello rubio y ondulado flotaba con descuido sobre su casi desnuda espalda; un suspiro comprimido las mas veces rebotaba de su alma; pero á pesar de su aparente calma, una chispa de furor se dejaba ver en su rápida mirada cada vez que la dirigia al romano, indignada con los sufrimientos de su amante.

—¿Qué me presentais, decurion? preguntó Scipion.

—Esta es, señor, la matrona mas bella y mas ilustre de la ciudad conquistada; es la esclava, que por derecho de conquista os pertenece.

—Nunca podrá imaginarse, contestó el romano, hasta donde llega mi contento, al verme dueño de tan hermosa prisionera.

—¡Señor! exclamó Ermengarda arrojándose á sus pies.

Scipion, mientras que la levantaba con afabilidad dirigió, la vista hacia el príncipe de Cartagena, en cuyo semblante vió retratada la rabia mas esce-

siva; pero haciendo el distraído después de haber colocado la dama á su derecha, se dirigió al anciano que la habia venido acompañando:

—¿Qué pretendéis? le preguntó.

El anciano temblando y lloroso, contestó:

—El cielo me ha dado un solo hijo, que es ese valiente príncipe que acabas de hacer prisionero.... Respeta, vencedor, sus virtudes militares; no le sacrifiques al rigor de tu venganza, porque defendiendo á Cartagena, no ha hecho otra cosa mas que cumplir con el



deber que le imponian las leyes de nuestra patria.

—He conquistado la plaza, y haré justicia, repuso Publio Cornelio con afectada sequedad.

—Si tu justicia reclama mi cabeza, interrumpió Alucio, despréndela cuando quieras.

—¡Ah! ¡no! exclamó Ermengarda.

—¿Quieres oro por su rescate? preguntó el anciano.

Scipion, quedó pensativo un corto momento, y dijo después.

—Dadme el oro que tengais en este instante.

El anciano, arrojó sobre la mesa una cajita llena de monedas, y Scipion co-

locando juntos á los futuros, continuó:

—Os he dicho, que como conquistador haria justicia, y voy á dar principio. Te he perdonado la vida, Alucio, mas no por eso dejas de ser mi esclavo; para que no puedas otra vez dirigir tus armas contra mí, es preciso ligarte á una cadena que solo puedas romper con la muerte, pero la cadena que te ofrezco, no puede ser mas dulce y deseada.

Y cogiendo la mano de Ermengarda, la unió á la del joven príncipe, que no pudo menos que contemplar con admiración aquel rasgo de extraordinaria generosidad.

—Este oro, prosiguió el romano, que acaba de ofrecerme tu padre para tu

rescate, sea el dote de tu cara esposa, y en prueba de mi afecto, quiero ser uno de los convidados á los festejos de vuestras nupcias.

Alucio y su padre besaron la mano del bienhechor, y al poco tiempo presentó el primero á Scipion mil cuatrocientos caballos para que los uniese á sus valientes tropas. No tardó mucho en propagarse por toda España este sublime rasgo del caudillo de Roma, y admirando sus virtudes se pronunciaron á favor de una república que producía unos hombres tan heroicos.

Scipion con su grande penetracion, no desconocia la singular estima en que tenían los naturales de España el honor de sus mugeres, y desde luego pensó que esta generosa resolucion debía atraerle gran número de prosélitos.

Ademas, devolvía sus haciendas á los ciudadanos, siendo tan generoso con los vencidos, cuanto cabe serlo en un conquistador. Este acuerdo procederías que el valor de sus legiones, contribuyó á sus futuros trofeos.

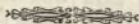
Engrosado el ejército de Scipion con estas alianzas, consiguió sucesivamente tres victorias contra los Asdrubales, por lo que viéndose destruidos los car-

tagineses en todas partes, y sin tropas ni dinero, solo fundaron su esperanza en el numeroso ejército que Asdrubal el Barcinonense conducia á Italia para reforzar á su hermano Anibal que tenia intentos de sitiar á Roma; mas estos dos cuerpos de tropas no lograron estar juntos, por haber sido derrotado el ausiliar antes de pisar el suelo italiano.

Scipion pasó despues al Africa, donde derrotó completamente el último ejército de Anibal en una batalla muy reñida; regresó á España con su triunfo, y fué seguidamente acometido de una grave enfermedad, durante la cual se levantaron algunas tribus españolas reclamando su primitiva independencia; pero mejorado el caudillo de Roma, no le fué muy costoso reprimir la sedicion, y pasó á ganar á Cádiz, primera y última posesion de la república africana en la península. Los pocos cartagineses que habian quedado en España huyeron precipitados, dando el último adios al suelo que por espacio de trece años habia sido el teatro de sus frecuentes contiendas, y donde nuevos invasores pensaban hacer mas larga su residencia.

I. A. BERMEJO.

APUNTES MORALES.



LA CIMITARRA DE ABEM-ALHAMAR.



El 16 de julio de 1212 fué un dia de completo júbilo para las tropas cristianas que combatian contra los africanos: la famosa y siempre memorable batalla de las Navas de Tolosa, fué para los musulmanes un terrible acaecimiento, porque quedó su dominacion en España tan lastimada y débil, que de sus resultas tuvo indudablemente su acabamiento.

Luego que los cristianos se prepararon á la lid con devotas oraciones, y recibieron el santo Sacramento, previa la absolucion con la indulgencia general concedida por el Sumo Pontífice, se fueron formando con el mayor orden, y esperaron que Dios les concederia el honor de la victoria. Mohamed, el noble caudillo de los ejércitos enemigos, habia tambien formado su ejército á uso de los Almohades, situándose él en la desde aquel dia inmortal llanura de las Navas de Tolosa. Cuando estuvieron terminados los preparativos de la pelea, salió el sultan de su tienda

revestido de un manto negro, el cual solia llevar á las batallas su predecesor Abdel-Mumen, y conduciendo en una mano el Alcoran, y en la otra una inútil cimitarra, esto sirvió de señal para que diese principio el combate.

Al punto se pusieron en movimiento las alas de ambos egércitos beligerantes, y envistiendo los centros á la par se generalizó la batalla: los caballeros de Calatrava fueron los que alcanzaron la grande gloria de hacer cejar y desbaratar la vanguardia de los infieles, siendo muy grande el número de musulmanes que tuvo que sucumbir. Ultimamente fué segura la perdición de los africanos y completa la victoria de los cristianos. Sin embargo Mahomed seguia en su tienda y sentado en su escudo cuando los vencedores se iban acercando; llegó un alarbe á suplicarle que mirase por sí, y el sultan respondió aquellas palabras tradicionales.

—Alá solo es justo y poderoso, y el diablo es falso y pérfido.

Pero el alarbe que traia del diestro una mula firme al par que ligera;

—Príncipe de los fieles, dijo al monarca, ¿no ves á los tuyos muertos ó puestos en vergonzosa fuga? ¿Hágase la voluntad de Alá! Cabalga en esta mula que es mas veloz que los pájaros del aire, ó que la saeta que por él atraviesa, pues nunca fué falsa al ginete, y ponte en salvamento, que de la tuya depende la salvacion de nosotros todos.

Mahomed montó en el animal, y el alarbe que le aconsejó la fuga, cabalgó en el caballo del monarca y no pararon de correr hasta entrar en Baeza. El campo quedó cubierto de cadáveres musulmanes: llegó la noche acompañada de su oscuridad y de su silencio y en la falda de una pequeña altura, un soldado cristiano que yacia tendido á consecuencia de un fuerte golpe que recibió en la cabeza con una cimitarra, que mas bien le trastornó que le hirió, fué poco á poco incorporándose, y mirando en su derredor, no vió mas que musulmanes que habian pasado á la eternidad.

—¿Dónde estoy? se preguntó el soldado.

Llevó la mano por todo su cuerpo y no encontrándose ninguna herida exclamó:

—¿Por qué habré yo caído en este sitio?... ¿y mi caballo? ¿y mi espada?

A este tiempo sintió su frente humedecida, y acercando á ella la mano vió que se habia mojado.

—Esto es sangre; mi herida debe estar en la cabeza.

Con efecto, allí se la encontró.

—No debe ser muy profunda cuando vivo todavia, continuó; pero fuerza es sugetar esta sangre que baña mi rostro.

Inclinóse un poco á la derecha y asíó con fuerza el turbante de una de las victimas africanas que tenia á su lado, y habiéndole desarrollado, no tardó mucho en rajarle y hacerse vendas para impedir que saliése mas sangre de su cabeza. En seguida desató el pequeño cuerno que llevaba en su costado pendiente de una cadenita de acero, y bebiendo un poco de vino que le habia quedado, sintió que sus fuerzas se reanimaban, y que aun tenia aliento para emprender la marcha que debia conducirle á su campamento. Pero la grande oscuridad que reinaba en aquel sitio y la debilidad de su cabeza no le permitian acertar con la vereda que debia seguir. Sin embargo, con bastante trabajo habria andado como unos doscientos pasos, cuando oyó los quejidos de una voz apagada y débil que sonaba hácia su derecha. El castellano se detuvo y asegurándose del lado de donde procedian los lastimeros acentos encaminó sus pisadas hácia aquel sitio para ver quién era el objeto de tan repetidos sollozos.

Al poco tiempo distinguió el soldado una tienda de campaña escesivamente apartada de las demas que estaban situadas en la llanura por donde transitaba, y conoció que la persona que se quejaba estaba dentro; aceleró su paso y penetró en la tienda; mas cual seria la sorpresa del cristiano al vislumbrar á través del macilento resplandor de la luna que asomaba ya por oriente, un morito de corta edad que arrodillado entre varios escudos y con sus brazos cruzados, no se le oia decir

entre sus continuos sollozos otra cosa que:

—¡Oh Alá! ¡Oh Alá!

Este pobre niño, al ver al cristiano se puso de pié, y abrazándose á su muslo comenzó á llorar con mas desconsuelo, hablando en su espresivo idioma y el que no comprendía el cristiano, pero por eso no dejó de conocer, que aquella criatura imploraba su socorro.

—¿Porqué te han abandonado? ¿Donde están tus padres?

Preguntas inútiles, porque el niño no las entendía. El morito, cogió de la mano al soldado, y sacándole fuera de la tienda, señalaba hácia el sitio por donde habia visto emprender la fuga á los mulsumanes, como queriéndole significar que por aquel lado habia marchado el autor de su existencia, al par que le tiraba de la mano, en ademán de inducirle á que le llevara por aquel camino. El cristiano que comprendió lo que el pequeño alarbe deseaba, le respondió.

—¿Donde me llevas hijo mio?... ¿Quieres que esta generosa accion me cueste la vida? Los enemigos de mi ley están irritados con la pérdida de la batalla, y juntos vengarán con mi sangre la mucha que han derramado sus compatriotas.

Mientras tanto, el niño que nada escuchaba, seguia con tenáz empeño queriendo conducir á su protector al enemigo campamento.

—Ven á mi casa, decia el militar, recibe los auxilios de un cristiano que acaso encuentre un medio seguro para conducirte al lado de tu padre, si es que no ha muerto en la refriega.

Por último á fuerza de ruegos y repetidas caricias, el inocente africano se dejó conducir por su aparecido protector, el cual al ver que por todas partes donde transitaba no encontraba mas que cadáveres exclamaba:

—¡Por Jesus crucificado, que la accion debe haber sido sangrienta! Por cualquier lado que dirijo mis pasos, no hallo mas que turbantes, y por milagro reluce una coraza y un casco. ¡Ah! ¡La causa del Nazareno ha quedado victoriosa en este dia!

No bien habia acabado de hacer estas reflexiones, cuando sintió ruido á su derecha, volvió la cara y vió venir un caballo ensillado á estilo oriental, pero sin ginete.

—¿Qué es esto? preguntó el cristiano; algun desventurado mulsuman ha sido victima de este hermoso animal.

Efectivamente, el caballo era de preciosa estampa, y por los arábigos jaeces que le adornaban, se presumia que su ginete no era en el ejército de los infieles de escasa graduacion.

El caritativo soldado, soltó al niño por un momento, y encaminó sus pasos hácia el corcel estraviado con intento de asirle por la brida, pero no tuvo mucho que trabajar para lograrlo, porque el mismo animal, cuyo instinto parecia decirle que era preciso que tuviese un dueño, se fué poco á poco acercando al cristiano y este le cogió al par que acariciaba su pescuezo.

—Perdi mi alazán, dijo, pero el cielo me ha deparado otro mejor, y el que se me ha aparecido viene muy á proposito, porque me siento debil, para poder soportar todo el camino que tengo que atravesar hasta llegar á mi casa. Ven, hijo mio, prosiguió dirigiéndose al pequeño mulsuman; mi Dios, y no el tuyo, nos ha proporcionado este caballo á fin de que lleguemos mas cómodamente al punto que deseamos.

Y diciendo esto, cogió al niño en sus brazos y le montó en el alazán, quien pareció regocijarse con la carga que recibia. En seguida el cristiano puso un pié en el ancho estribo y cabalgó, llevando delante y con la mayor ternura al niño encontrado.

—¡Qué contenta ha de ponerse mi Maria, iba diciendo al par que marchaba, cuando me vea entrar acompañado de este inocente; ella que tiene un corazon tan compasivo!... ¡Cómo ha de cuidarle! creo que no se asustará cuando vea mi cabeza vendada; estoy vivo, la herida no presenta gravedad, porque aunque me siento debil, es por la sangre que he perdido.

El morito suspiraba de vez en cuando, acompañando este desabogo de su pecho con una significativa exclamacion hácia su Alá.

Poco trecho habrían andado de esta manera, cuando el cristiano distinguió su morada á través de la brillante luna que ya se había mostrado en el horizonte con todo su esplendor. La casa del soldado estaba situada á muy corta distancia de la poblacion conocida con el nombre de las Navas de Tolosa, en un parage solitario, pero ameno y delicioso. Este soldado, que hasta ahora no hemos dado á conocer por su nombre, se llamaba Diego Ruiz, rico vecino de las Navas, que instigado por el escetivo amor que tenia á su patria y á la fe de Cristo, en aquellos dias de efervescencia popular, y en los que tanto se hablaba de la batalla que hemos indicado, se alistó en los tercios voluntarios, y se despidió de su hija María para coadyuvar con sus cortas fuerzas á la grande accion que se dió contra los infieles.

Cuando Diego Ruiz llegó á la puerta de su casa, y se apeó en compañía de su africano protegido, estrañó en grau manera que nadie hubiese salido á recibirle. No obstante, con la mano izquierda cogió las riendas del caballo, y con la derecha el brazo del inocente, y así entró por la puerta de su casa, porque la encontró solamente entornada, y esto contribuyó á duplicar su sobresalto.

—¿Qué ha sucedido en mi casa? se preguntó.

Dejó el caballo en el zaguan, y entró en una pequeña habitacion donde no vió otra cosa que los muebles y una lamparilla ardiendo que alumbraba una estampa con la imagen de una dolorosa á los pies del Crucificado.

—¡María! gritó con voz atronadora, ¡María!... ¡Anacleta!

A este tiempo oyó un quejido lejano. Diego entonces encendió una luz en la lamparilla, y lleno de agitacion comenzó á registrar todos los aposentos; pero no encontrando á nadie, proseguia gritando.

—¡María! Anacleta!

—Aquí, señor Diego; en el desvan; venid á socorredme, dijo la débil voz que poco antes se había quejado.

Diego Ruiz no se detuvo en subir una angosta escalera de palo, en

la cual halló una cimitarra sin vaina.

—¿Qué es esto?... ¡Oh! los africanos han entrado en mi casa.

Y diciendo esto penetró en el desvan, donde vió á una muger anciana fuertemente atada á la reja de una pequeña ventana.

—¡Anacleta! exclamó Ruiz; ¿qué alma vil y traidora te ha puesto en tan lastimosa situacion?

—Desatadme, señor Diego, yo os contaré cuanto ha pasado.

Mientras que Ruiz cortaba los cordones con la misma cimitarra que se había encontrado en la escalera, no cesaba de preguntar.

—Pero, ¿y mi hija María? ¿dónde está mi María?

—Bajemos, señor Diego, yo os lo contaré todo.

Anacleta y Ruiz llegaron á la estancia donde estaba el pequeño africano, el que visto por Anacleta, esta no pudo menos que esclamar.

—¡Ah! un alarbe; aborrezco á todos estos infieles.

—Es un pobre niño que me he encontrado desamparado; él no tiene la culpa de haber nacido de padres infieles, ten caridad de él como yo la he tenido, pero antes de todo dame cuenta de lo que has hecho de María, de esa querida hija que dejé encomendada á tu cuidado.

—Señor, por mas doloroso que me sea, es preciso decirlo todo.

—¡Acaba! dijo Diego con impaciencia.

—Poco antes que se generalizase la derrota de los musulmanes, entró en vuestra casa uno de gallarda presencia y ricamente vestido, pidiéndonos un poco de agua. María, siempre buena y compasiva aun con sus propios enemigos, apagó la sed del africano, el que al tiempo de tomar la jarra dirigió sus centellantes ojos negros hácia la hermosa María, y al devolver la jarra la dijo:

—Alá te premie, hermosa nazarena, el auxilio que acabas de darme; hermosa mia, sigue á este tu enamorado caballero y serás la reina de su palacio; te hará la sultana. María le dijo que se ausentara, el alarbe prosiguió con tenaz empeño queriendola seducir, y entonces yo le

dije con aspereza que saliese corriendo por la puerta por donde habia entrado. Obedeció el musulman que se ausentó volviendo la cara y clavando los ojos en Maria: habria transcurrido una media hora, cuando violentaron nuestra puerta, y vimos entrar al mismo africano acompañado de otros tres y con las cimitarras desnudas; yo empecé á gritar, pero me taparon la boca, y conduciéndome al desvan, el apasionado de Maria me ató fuertemente á la reja....

—¡Basta! ¡basta! exclamó Ruiz con el furor mas desmedido.... Han robado á mi hija esos traidores, y yo que he tenido un alma tan compasiva para prestar mis socorros á un hijo de los contrarios que aborrezco... Tu sangre, desventurado niño pagará el villano proceder de esa gente ruin.

Y alzando la cimitarra que tenia en su mano, iba á descargar el tremendo golpe sobre la cabeza de aquel inocente; mas éste como entendiendo por los gestos y ademanes del cristiano la furia que le dominaba, rompió en un amargo llanto y se arrodilló con los brazos cruzados, y gritando:

—¡Oh Alá! ¡oh Alá!

Fué tal la espresion lastimosa que dió el niño á su moreno semblante, y tal el torrente de lágrimas que se desprendian de sus negras pupilas, que Ruiz, lejos de ejecutar su siniestro intento; dejó caer la cimitarra en el suelo y le abrazó con ternura.

—¡Pobre criaturita! dijo... ¡Qué bárbaro iba á ser contigo!... Vive, vive, y á falta de padres aquí me tienes.

Anaclea dió de cenar al niño con la mayor ternura, y Ruiz despues de haberle echado un pienso al caballo, pasó á recogerse á su habitacion, prévia la segunda cura de su herida; pero este hombre lastimado en lo mas íntimo de su alma, en vez de hallar el sueño que necesitaba, recorría su habitacion como un demente y exclamando:

—¡Pobre Maria! Ya que tuve la desgracia de perder á mi querida esposa, tú que dulcificabas mis instantes de amarguras, tambien te apartas lejos de mí... ¿Y he de vivir solo, sin mi hija? No.

De repente, Diego se quedó parado en medio de su cuarto, y como ilumina-

nado por un gran pensamiento busca la cimitarra que se habia encontrado en la escalera, y despues de examinarla á los reflejos de la débil luz artificial que alumbraba su aposento, la esconde debajo de sus vestidos; ensilla el caballo, llama á Anaclea y le pregunta por el pequeño alarbe.

—Venid, le dijo Anaclea.

Entran en otra habitacion, y le encuentran tendido en una cama y disfrutando el sueño mas tranquilo y apacible.

—Es preciso despertarle antes que amanezca, dijo Ruiz.

—¡Cómo! ¿Qué vais á hacer, señor Diego?

—A rescatar á mi hija; á presentarme en el campamento africano y buscar á los padres de este niño, los cuales agradecidos á mi buena accion, acaso influyan para que me devuelvan á mi Maria.

Con efecto, despertó al niño y ambos montaron en el caballo, dirigiéndose camino recto hácia Baeza. Amanecia el día 17 cuando Ruiz empezó á distinguir las torres de dicho pueblo.

—¿Qué me sucederá? pensaba el soldado ¿A quién debo presentarme primero?

Al poco tiempo vió Ruiz que se acercaba al campamento africano; estos, á causa del excesivo calor, habian acampado fuera de los muros de la poblacion, y á muy corta distancia de la misma habian establecido sus tiendas. Cuando el niño vió este espectáculo y conoció que eran los suyos los hombres que se distinguian, comenzó á batir las palmas de gozo, y Ruiz, dejando caer sobre sus mejillas dos gruesas lágrimas exclamó con acento sentimental:

—¡Pobre criatura! Ya goza con la esperanza de encontrar muy pronto á sus padres, al paso que yo siento en mi alma el tormentoso vaticinio de mi eterna desgracia.

El morito con el objeto de hacer partícipe á su protector del gozo que experimentaba, se volvía hácia él y le acariciaba, diciendo algunas frases en el idioma que el entristecido soldado no podia comprender, pero que espresaba mucho el contento del niño.

En este momento volvió Ruiz la cara á su derecha, y vió á un africano que sentado en la tierra sobre su albornoz y debajo de un árbol, escribía en un elegante libro. Diego tiró de las riendas del alazan, y quedó un gran rato suspenso contemplando la estremada aplicación del moro que no levantaba la cabeza para nada. Ruiz, guió el caballo hacia aquella parte y cuando estuvo cerca del africano referido, se apeó dejando al niño montado y entregándole las riendas.

—¡Africano! dijo Diego al que escribía.

Este levantó la cabeza y dejó ver la hermosura de su rostro.

—¿Entiendes el habla castellana? preguntó Diego.

—Sí, ¿Qué quieres?

—Pedirte una gracia.

—Yo no concedo gracias á mis enemigos, vete, y déjame concluir.

—Sé compasivo á mi ruego, musulman; aleja el fatal recuerdo de vuestra derrota, y escucha benigno los lamentos de un padre desconsolado.

—Y bien, ¿Qué quieres? preguntó el alarbe con ceño.

Ruiz le contó la amarga historia, la que el musulman no pudo escuchar sin ponerse pálido.

—Bueno, dijo el moro; los africanos te han arrebatado á tu única hija. ¿Y piensas que soy yo quien pueda devolvértela ni quien pueda encontrarla en medio de un ejército tan numeroso?

—Sí, repuso Diego, yo te suministraré el medio... Yo no se leer ni escribir, sino, de seguro no te molestaria. Pon en mi nombre una carta á Mohamed manifestándole mi generosidad con ese niño, á quien he suministrado todo género de auxilios, y añade que en recompensa de tan buena acción, procure hallar á mi María y que me la devuelva. El niño á quien he protegido, será el portador de ese billete, y tu monarca, al ver el inocente emisario que intercede por mí, no podrá menos de condolerse y acceder á mi paternal solicitud.

El musulman, arrancó una hoja de su libro, y en lugar de escribir lo que Ruiz solicitaba, puso en caracteres árabigos estas pocas palabras.

«Mi soberano señor, príncipe de los

«súbditos de Alá: manda á diez de tus «guerreros al árbol donde anoche descansastes y tuve la grande honra de «encender tu pipa, y donde tengo un «cautivo de gran cuenta, que es necesario conducir á la picota; Abem-Al-hamar.»

—Toma, le dijo después que concluyó; entrega la hoja al portador.

Diego Ruiz dió la hoja al niño, y Abem-Alhamar le dijo de paso en su idioma.

—Antes que ver á tus padres lleva el escrito al monarca.

El niño después que le apearon del caballo partió corriendo al campamento alarbe, y en vez de buscar á Mohamed como le habían encargado, preguntó por su padre á varios soldados que encontró al paso, los cuales le condujeron al sitio donde se hallaba. Este cuando vió á su hijo le abrazó tiernamente, á la par que recibía el escrito que le presentaba, el cual leído por el musulman é informado de la situación del cautivo que comprendió por lo que el niño le dijo que era protector de aquel inocente, exclamó.

—No, no será nuestro cautivo; yo hablaré á mi soberano para que le ponga en libertad; su generosa acción merece una recompensa.

El regocijado padre pasó á la tienda de Mohamed, y arrodillándose con su hijo entregó la hoja de Abem-Alhamar, suplicando que no fuera válida la cautividad en vista del noble y generoso comportamiento que había tenido con su hijo.

Mohamed salió de su tienda seguido de una lujosa comitiva, y cogiendo al niño de la mano dijo á los que le rodeaban.

—Vamos al sitio donde está el cautivo; sepamos quién es, y la verdadera historia de este suceso.

No tardaron mucho en llegar al parage mencionado, donde vieron á Abem-Alhamar escribiendo en su libro y á Diego teniendo al caballo por la brida. Cuando el musulman que escribía vió llegar al mismo monarca y acompañado del niño y su comitiva, se arrodilló.

—¿Quién es el cautivo? preguntó Mohamed.

—Ese que miras á mi izquierda y que ase de la brida al alazán.

—¿Le conoces?

—No, mi señor.

—Tu escrito me dice que es cristiano de gran cuenta, y mal puedes asegurarlo cuando no le conoces.

Abem-Alhamar no respondió nada.

—¿Por qué le has querido conducir á lapicota?

—Porqué no profesa nuestra fé.

—No obstante, su corazón es magnánimo, y yo quiero darle una prueba de su buena acción. Ven cristiano, dijo á Ruiz en español el monarca africano; quiero darte una recompensa por tu buen comportamiento.

—No deseo mas, que lo que solicito en la hoja que habrás recibido.

—Esta hoja, repuso el musulmán me dice que te haga cautivo y te conduzca á la picota.

—¡Traidor! exclamó enfurecido Ruiz lanzando una mirada de fuego sobre Abem-Alhamar. Yo he pedido que me devuelvan á mi hija María que existe en el campamento africano; que ayer me la robaron.

Mohamed miró á Abem-Alhamar con falsa sonrisa y le dijo: ¡Mal corazón tienes en verdad!

—Señor, era nuestro enemigo.

El monarca cogió de la mano á Ruiz y le dijo: pides á tu hija; yo te la devolviera, cristiano leal si no fuese tan difícil hallarla en medio de un ejército tan numeroso.... Yo te aseguro que no engalanaría su serrallo con su nueva cautiva... Pero al menos sé que se llama María, que será oriunda de las Navas de Tolosa, y acaso mas tarde pueda indagar su paradero.

—Esa dilación es insoportable para mí, repuso Diego: concédeme, recorrer tu campamento, déjame registrar todas las tiendas una por una, que un padre se encuentra con la suficiente confianza para hallar el hijo que ha perdido.

Si tuvieras alguna señal... observó Mohamed.

—¿Señal? Si, tengo una, dijo de pronto Diego.

—Veamos, repuso el alarbe.

Ruiz comenzó á desatar los cordones que unían su ropilla, y sacó de su pecho

una rica cimitarra que llevaba oculta.

—Esta cimitarra la encontré en la escalera de mi casa.

Mohamed cogió la cimitarra y después de haberla examinado escrupulosamente, fijó su mirada en el rostro de Abem-Alhamar que habia palidecido.

—Observo una cosa Alhamar.

—¿Que observas príncipe?

—Que tu cuerpo solo ciñe en este momento la baina de tu cimitarra; probemos esta; toma ocúltala en esa baina.

Abem-Alhamar, cogió la cimitarra temblando y la embainó, y el monarca prosiguió:

—Los adornos de su empuñadura, corresponden y armonizan con las labores de la baina.

El africano que conoció que habia caído en la red, se echó á los pies del monarca pidiendo el perdón mas humillante.

—¿Donde está mi María? preguntó Ruiz que comprendió al instante el significado de esta escena.

—Yo te la entregaré, padre justamente ofendido... Venid todos á mi tienda y devolveré á la hechicera cautiva dijo Abem-Alhamar.

A los pocos instantes, Ruiz abrazaba á su hija, en medio de los mayores transportes de alegría, y ya se disponia á marchar con su querida prenda, cuando Mohamed le detuvo diciéndole:

Aguarda, que no lo has presenciado todo.

Abem-Alhamar que se vió perdido, quiso adular á su soberano, y presentándole el libro en que poco antes habia estado escribiendo, le dijo.

—Príncipe de los fieles, hágame donación de la historia de esta grande batalla. En ella digo que el soberano mas justo la perdió pero que su grande honor quedó intacto.

—¿Has escrito todos los acontecimientos de la batalla? preguntó Mohamed.

—Todos, príncipe.

El monarca cogió el libro, y echando una ojeada por cada una de sus páginas, continuó:

—Falta un suceso y ese quiero dictarle yo: escribe para que vaya de tu misma letra.

Abem-Alhamar se dispuso á escribir, y el alarbe soberano dictó:

«En tanto que el grande Mohamed huía lastimado de su infortunio por la pérdida de su batalla, uno de sus servidores robaba una hermosa aldeana nazarena para con ella enriquecer su serrallo, pero Mohamed, siempre justiciero, devolvió la linda niña al padre que la reclamaba, y mandó que la misma cimitarra del raptor, sirviese para cortar su cabeza.»

—¡Príncipe! exclamó de pronto el que escribía.

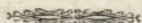
—¡Basta! repuso Mohamed; y esto ha de hacerse ahora mismo.

La sentencia fué irrevocable, pues á los pocos momentos se había verificado este último acto de justicia que dictó el derrotado príncipe de los Almohades.

El niño quedó complacido al lado de su padre; Maria corrió con Diego Ruiz gozosa por habersalido de su cautiverio, y Mohamed esperimentó una satisfacción por lo que su recto juicio le había dictado en aquella ocasion.

I. A. BERMEJO.

ESTUDIOS RECREATIVOS.



LA CAPILLA DEL ENIGRADO.

No á mucha distancia de Sevilla, existe el monasterio de Gerónimos, titulado de San Isidro del Campo, vulgarmente conocido con el nombre de Santiponce. A un cuarto de legua de este delicioso parage y en una especie de solar, cuyos límites riegan las abundantes aguas del poético Guadalquivir, hay una modesta capilla de arquitectura moderna construida con suma sencillez; pero su aislada situacion y su mediana altura la presentan como la reina dominadora de aquella dilatada campiña, donde apenas hay un árbol, ni algun otro objeto arquitectónico que se atreva á disputar la soberanía. Sin detenernos en hacer una minuciosa descripción de este edificio, porque sus formas son demasiado vulgares para que merezcan este trabajo, diremos que está cimentado sobre un charco de sangre, y que su origen, por ser poco conocido aun entre los moradores de aquellas cercanías, es el que nos proponemos revelar, seguros de complacer en ello á nuestros jóvenes lectores.

En el año 1825 ocurrió en España un cambio político, que bien podíamos calificar de funesta reaccion: desde 1820 regia al código formulado por las córtes el año 12; pero los escesos y exageraciones de los mismos partidarios de este código, por una parte, y la guerra que la córte y los adictos del antiguo régimen le hacian por otra, pusieron la nacion en un estado lastimoso de anarquía, de cuyas resultas las provincias estrangeras decidieron la intervencion armada. Penetraron los franceses al mando del duque de Angulema en España por el mes de abril, y la córte y el gobierno se trasladaron desde Madrid á Cádiz, donde permanecieron hasta fin de setiembre que se entregó la plaza por capitulación á las tropas franceses. Desde entonces los liberales, es decir, los partidarios de la Constitucion de 1812, fueron perseguidos en todas partes con inaudito encono, y solo emigrando á países lejanos, pudieron librarse de una muerte segura ó de una prision perpetua, principalmente aquellos que habían ejercido alguna influencia durante la época constitucional.

Cerca de Santiponce existia, por este mismo tiempo la humilde residencia de un cura al cual socorrian los frailes

gerónimos del monasterio mencionado. Anchos celages de púrpura bañaban la parte occidental del firmamento anunciando la ausencia del sol, un hermoso día de otoño, y á esta misma hora entraba en su pobre morada el digno eclesiástico, en la cual le esperaba la señora Margarita, muger de unos treinta y cinco años, y la que contenta en medio de su pobreza, no omitía nada de cuanto podía contribuir á hacer mas cómoda la posicion del buen sacerdote. La señora Margarita acababa de preparar la cena que se componia de una regular racion de carne de vaca estofada, á cuyo sazonado alimento se añadian unas cuantas ruedas de patatas, todo esto guisado con tal habilidad, que el cura al entrar, no pudo menos que sentir un olor delicioso y esclamar:

—Alabada sea la Divina Providencia, Margarita, ¡Qué olor tan exquisito!

—Dios venga en su compañía, contestó el ama; parece que el olorcillo le incita, ¿no es verdad?

—Ciertamente, hermana; ya la he dicho muchas veces que sus manos son divinas para guisar.

—¡Ah! pues luego verá su merced, el plato de remolachas cocidas que tengo de presentarle, aderezado con su poco de aceite y su poquita de cebolla.... su merced no esperaba esa ensaladita, ¿es verdad?

—No á fe mía, repuso el cura; creí que nuestro guisado seria el único plato que tendríamos esta noche por sustento.

Unas cuantas campanadas que sonaron en el monasterio inmediato, anunciaron á nuestros interlocutores que daba la oracion. El curase quitó el solideo, el ama cruzó las manos, y con la mayor devocion se rezó el *Angelus domini*. Acabado esto corrió Margarita á la puerta y la cerró y ayudada de la luz artificial que se componia de un cabo de vela encendido colocado en una palmaria de metal, tendió el mantel sobre la mesa y puso los platos y dos cubiertos de estaño, pero limpios como la plata.

Aun no habian comenzado á cenar cuando llamaron á la puerta.

—¿Quién será á estas horas? preguntó Margarita, cubriendo con otro plato el que contenia el guiso. Ahora sabremos quién nos viene á molestar.

—Acuda pronto, no sea algun moribundo aldeano de la comarca que desee mis socorros.

—¿Quién? preguntó Margarita aplicando el oido á la cerradura.

—Habra vd. señora, contestó la voz de un hombre.

—¿Quién es vd?

—Un desgraciado.

—Pero, ¿qué se le ofrece á vd?

—No es este sitio en que debo manifestarlo; tenga vd. caridad de un pobre y despues sabrá quien es.

—Abra, hermana Margarita, dijo el cura, que desde adentro lo habia estado escuchando todo.

El ama, retrocedió asustada: y añadió dirigiéndose al eclesiástico.

—Padre, puede ser este hombre el salteador de caminos que no abandona estas cercanias con su compañera la gitana que hace mal de ojos.

—¿Quién? ¿El Rayo y la gitana?

—Sí señor.

—No tenga miedo, hermana Margarita; las puertas de mi casa deben abrirse para todo el que reclame mis auxilios.... Ademas, que nada tienen que robarnos.

El que estaba por la parte de afuera volvió á llamar, y el venerable sacerdote, conociendo el temor de Margarita cogió la llave y abrió. A este tiempo entró un hombre de alta estatura, ciñendo un ropage despedazado y lleno de barro con una escopeta debajo del brazo y un par de pistolas colgadas de la cintura, todo lo cual cubria con una capa de paño burdo, pero muy destrozada; el cura cerró la puerta despues de mandarle entrar, y á través de la escasa luz de la palmaria, se pudieron distinguir sus facciones en nada semejantes á las de un facineroso.

—¿En qué puedo servirle, hermano? preguntó el cura.

—Por el pronto dándome de cenar por que me muero de hambre; despues que tome alimento acaso me atreva á pedirle otro favor.

—Dios sea con nosotros, dijo Marga-

rita entresí, es el Rayo, no hay duda, y este buen señor vá á ser víctima de su bondad y yo víctima también de....

—Vamos Margarita, dijo el cura, cenemos puesto que el señor tiene necesidad....

—Y mucha prisa, señor cura, porque me persiguen.

—¡No lo dije! exclamó Margarita involuntariamente.

—¿Qué ha dicho vd. buena muger? preguntó el desconocido.

—Nada, replicó Margarita temblando, nada; decía, que pensaba.... que á vd. no le perseguirían.

—¡Pues sí señora, me persiguen y no lo siento por mí, sino por otras tres criaturas!...

—¡Sus compañeros! decía Margarita por lo bajo.

Durante este diálogo se habían sentado á la mesa, y el forastero, mejor que comer, devoraba la escasa cena del buen eclesiástico y su ama.

—¿No está vd. solo? preguntó el cura.

—No señor; me acompañan mi muger con un niño de pecho y una niña de cuatro años.

Margarita hizo un movimiento como para respirar con mas desahogo.

—Hemos tenido que salir de Sevilla, á todo escape y despues de haber andado errantes por estas cercanías, sin hallar apenas con qué sustentarnos, hoy ha sido el día de nuestro mayor conflicto, porque nos han asegurado que una partida de soldados sabedores de nuestra residencia en estos lugares nos andan buscando; hemos estado ocultos en una profunda cueva todo el día, mas esta guarida no pasará mucho tiempo sin que sea descubierta por nuestros enemigos.

—¿Con qué dice vd., interrumpió Margarita al huésped, que un niño de pecho y una niña de cuatro años, viene en compañía de vd?

—Sí señora.

—Eso ya es otra cosa; respondió el ama, ¡pobres criaturas!... ¿y están en la cueva todavía?

—No, repuso el desconocido, esperan mi vuelta en una llanura situada á corta distancia de este sitio.

Margarita entonces se levantó, y

marchando á otro aposento volvió pronto con una hogaza de pan y tres chorizos.

—Tome vd. amigo mio, añadió Margarita, lleve vd. á su familia este escaso alimento.

—Margarita, interrumpió el eclesiástico, es preciso hacer el favor por completo.

—¿Como, señor!

—Recojamos á esa pobre madre, á fin de que nuestro amigo pueda cómodamente emprender su fuga á lugares mas apartados.

—¡Gracias! ¡gracias! venerable anciano, exclamó el fugitivo, besando la mano del sacerdote, eso precisamente es lo que yo venia á solicitar de vd.... prolongaba el momento porque temia una resuelta negativa, pero ya que es vd. tan humano y se dispone á ejercer con nosotros su escesiva caridad, nada me queda que decir.... tome vd., prosiguió echando un bolsillo sobre la mesa.

El cura se puso de pie, le recogió y devolviéndole al fugitivo prosiguió:

—Señor mio, dijo, cuando se trata del bien de mis semejantes, estoy acostumbrado á hacerle desinteresadamente; guárdese vd. ese dinero, y use de él como le convenga á fin de hacer mas fácil su fuga.

—¿No quiere vd. tomarle? preguntó el huésped.

—No, amigo mio; no soy ningun posadero y por consiguiente no estoy acostumbrado á vender mi hospitalidad.

—Gracias, venerable sacerdote; veo en vd. un modelo de virtud; pero no quiero prolongar los momentos de dicha para mi pobre familia, porque es en efecto una verdadera dicha, que haya encontrado un albergue donde pueda endulzar los instantes de su estremado abatimiento.

—Si, si, no se detenga vd. hermano, prosiguió el eclesiástico; conduzca á esta morada á esa muger sin consuelo.

El huésped se ausentó al instante, y el cura y Margarita quedaron hablando relativamente á lo que acababa de pasar.

—Pero ¿que ha hecho, señor? ¿Sabe lo que puede sobrevenirle con semejante

hospitalidad? observó Margarita. Ni si quiera sabemos el nombre de este sugeto ni por qué lo persiguen, puede ser un facineroso, puede ser un....

—Sea lo que quiera, nada malo puede resultarme, interrumpió el sacerdote; la caridad debe ser el patrimonio de todo aquel que vista esta insignia.

Y señalaba á su sotana. Mientras esto pasaba en la estancia del cura, el desconocido atravesaba la llanura á toda prisa. Unos cuantos tiros de fusilería se oyeron al cabo de algunos minutos; el cura miró á Margarita y esta al eclesiástico, quedando suspensos un gran rato como queriendo adivinar la causa de aquellos disparos.

—¿Qué será señor? preguntó Margarita.

—Alguna desgracia sin duda respondió el sacerdote... algun encuentro funesto... pero veamos.

Y se encaminó hacia la puerta.

—Señor, no se esponga, dijo Margarita de pronto asiéndole de la sotana, ¿quien le manda mezclarse...

Poco antes que el eclesiástico llevara á cabo su resolución se abrió la puerta de pronto, y el desconocido entró sin capa, pálido y cubierto de sangre.

—¡Mi muger!... ¡Mis hijos! exclamó y cayó á los pies del cura.

No bien había pronunciado estas palabras cuando entraron algunos soldados y un oficial y apoderándose del herido, se lo quisieron llevar, no obstante su estado lastimoso; pero el cura, interponiéndose, exclamó con acento dolorido:

—Señores, por compasión; no puedo consentir que este hombre salga de mi casa sin ningún género de socorro.... está peligrosamente herido...

—¡Bah! ¡bah! dijo el oficial ¿A qué tantos cuidados, si al fin ha de morir?... ¡Curarlo hoy para que mañana mismo le vean los habitantes de Sevilla pendiente de la horca! Eso es una bobada.

Sin embargo, el cura y Margarita hicieron la primer cura á las heridas de aquel desgraciado; cuando éste se vió vendado y algo repuesto de la anterior debilidad que había experimentado con la pérdida de su sangre, dió las

mas espresivas gracias al sacerdote, y pidió un vaso de agua; el cura no tardó en satisfacer su deseo, y mientras que se inclinaba para darle el agua dió el herido con una voz moribunda.

—Ya vd. sabe....

El cura respondió con un signo de inteligencia; en seguida se llevaron los soldados al herido, y el cura, apesar de las observaciones de Margarita que le manifestaba los peligros y la inutilidad de salir al campo á hora tan avanzada, atravesó una parte de la llanura y buscando con su mirada inquieta á través de la oscuridad, encontró á una muger muerta sin duda por una bala estraviada durante el anterior tiroteo, y á su lado un niño de pecho llorando, y una niña de cuatro años que tiraba del brazo de su madre, como queriéndola despertar, creyéndola dormida.

—Mamá, decía, despierta, que Juanito está llorando.

Queda á la consideración de mis lectores la sorpresa que Margarita experimentaria cuando vió entrar al cura con dos niños en sus brazos.

—¡Santos y santas del paraíso, exclamó; ¿qué es lo que vá á hacer, señor?

—A mantenerlos, hija mia... mire, mire que guapo, que rubio y que bonito es el ángel de Dios.

Y poniendo á la niña en el suelo y acariciando con su dedo la barba del niño de pechos, decía.

—¡Chiquito! no llores, que ya tienes padre, y Margarita será tu madre.

—Pero señor, decía Margarita; apenas tenemos con que vivir, y será preciso ponernos á mendigar de puerta en puerta para mantenerlos.

—No tema, Margarita; la providencia del Señor...

—A ver, á ver, interrumpió tomando en brazos al niño... Pobrecito; está helado de frío... y ya debe tener mas de seis meses. Felizmente tengo un poco de leche, y no habrá mas que calentarla para dársela á beber.

—Si, si Margarita, contestó el cura sonriendo; cuide de este par de angelitos que en el cielo hallaremos la recompensa.

Y olvidando Margarita su descontento, mecía al niño en sus brazos dando-

le infinitos besos: despues puso la leche á calentar, y al cabo de un rato ya le habia sustentado y acostádole en su misma cama. Ahora faltaba socorrer á la niña de cuatro años, á la cual mientras que se le hacia su cena, la desnuda-

daba y la preparaba una camita provisional, con la ayuda del manteo del cura y un gergon de paja.

—¡Qué grande es mi contento, decia el sacerdote regocijado y frotándose las manos, al ver la excesiva ternura con



que patrocina los hijos que la he legado!

—Si, ya lo creo, repuso Margarita, todo eso está muy bueno, pero veremos con que los alimentamos en adelante.

El cura entonces abrió el Evangelio y leyó en voz alta.

«Cualquiera que haya dado á beber un vaso de agua fria á alguno de mis hijos, ó de mis discípulos, puedo aseguráros que no perderá la recompensa.»

—Amen, respondió la señora Margarita.

A la mañana siguiente dió sepultura al cuerpo de la madre de aquellas criaturas á corta distancia del sitio donde fué hallada, y al pie de un antiguo nicho de piedra que encerraba la imagen de una Virgen muy venerada en la comarca.

II.

Diez años despues se habia publicado un decreto de amnistia que permitió volver al seno de sus familias á la mayor parte de los hombres que por causas politicas comian el amargo pan de la proscripcion desde la fatal reaccion de que ya hicimos mérito. El cura y Margarita seguian en su mismo estado de pobreza, pero lejos de abandonar á las criaturas recogidas, las habian prodigado todo género de auxilios y las veian crecer con el mayor contento, atendiendo tanto á su subsistencia como á su educacion. La niña, enterada de la fatal historia de sus padres, porque el cura se la habia referido, iba todas las mañanas desde que tuvo uso de razon, al parage donde su madre estaba sepultada á ofrecer flores á la santa virgen y á rogar á Dios por su alma.

Era un día de invierno, pero el sol de Andalucia brillaba en todo su esplendor, y el cura sentado á la puerta de su humilde morada recibia el benéfico calor de sus rayos al lado de un niño de unos diez años, rubio y de robusto y alegre semblante.

Margarita sentada en el otro lado de la puerta, enseñaba á una jóven cierta labor propia de su sexo; pero en este momento se oyó la rotacion de un coche y el niño lanzó un grito de alegría.

—¡Oh, qué coche tan bonito! exclamó:

Con efecto, el coche era magnífico y venia de Sevilla; se detuvo delante de la casa del cura, y un criado con una librea, se aproximó alanciano pidiendo un vaso de agua para su amo.

—Julia, dijo el cura á la niña, dá un vaso de agua á ese caballero y échale un poco de vino, por si quiere aceptarle.... vé, no te detengas.

El caballero abrió la portezuela de

su carruaje y bajó; este hombre representaba unos cincuenta años.

—¿Son sobrinos de vd. estos niños? preguntó al cura.

—Son mis hijos adoptivos, respondió el sacerdote.

—¿Cómo! preguntó el caballero.

—¡Oh! es una historia que no tengo inconveniente en contársela á vd. porque á todo el mundo se la refiero.

Y en seguida refirió el modo con que habian llegado á su poder.

—¿Qué me aconseja vd. dijo cuando hubo terminado la narracion, para asegurar la suerte de estas criaturas?

—Soy de parecer, que el padre de esos niños, que sin duda vive, teniendo en consideracion los socorros que vd. le ha suministrado, le señale una pension de cuatro mil ducados anuales.

—Señor, he pedido á vd. un consejo, y no para que me responda una chanza.

—Despues será necesario edificar una iglesia en el mismo sitio donde sucumbió la desgraciada madre.

El cura comenzó á mirar á este hombre con particular atencion, y Margarita dijo entre dientes:

—La fisonomia de este caballero no me es desconocida.

—¿Quién es vd. señor? preguntó el cura.

—Soy R***; el mismo á quien ofreció vd. generosa hospitalidad hace cerca de diez años.... aquel á quien curó vd. las heridas... el padre en fin, de estos niños. Los tiempos han variado; entonces buia perseguido por mis opiniones politicas; hoy, gracias á la amnistia concedida por una generosa princesa, soy rico y dichoso, pues me han devuelto todos mis bienes. Venid á abrazarme, hijos mios, añadió tendiendo á los niños los brazos.

Despues de esta tierna escena, mas facil de adivinar que de describir, el padre alargó la mano al cura y apretándosela con emocion.

—Y bien, dijo, ¿no acepta vd. la iglesia que quiero edificar en el mismo sitio en que su umió mi desgraciada esposa, y la pension de cuatro mil ducados con especial encargo de rogar por su alma?

El cura se volvió hácia Margarita,

y con acento conmovido exclamó:
«Cualquiera que haya dado á beber
un vaso de agua fria á alguno de mis
hijos, ó de mis discípulos, puedo ase-

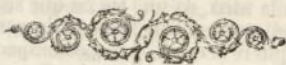
guraros que no perderá la recompensa.»

—Amen, dijo Margarita que lloraba
de alegría al ver la felicidad de su amo
y de sus queridos niños.



Dos años después don J. R. y sus hijos asistían á la bendición de una capilla en el sitio mencionado, dedicada á Nuestra Señora de los Remedios, que era el nombre de la esposa del funda-

dor, si bien en el país se la designó desde luego y se la conoce todavía con el nombre de la *Capilla del emigrado*.



MUGERES CELEBRES.

MARIA ESTUARDO.

IV.

EL SUPPLICIO.

En vista de los últimos acontecimientos respecto á la tentativa de Mortimer, y con el fin de evitar la ocasion de repetir una escena del mismo género, se determinó que la reina de Escocia fuese trasladada á otro aposento del castillo que desde luego inspirase mayor seguridad; pensamiento que tan pronto fué concebido como ejecutado. La nueva estancia era mas reducida que la que anteriormente disfrutaba, y toda ella estaba vestida con paños de sarga negra. Junto á la grande puerta que daba salida á la parte exterior de esta siniestra fortaleza, habia una mesa cubierta con un tapete de terciopelo negro, y á su lado un grande sillón donde Maria estaba sentada, y escribiendo á su capellan la siguiente carta.

«Padre: pocos son los momentos que me quedan de vida. Oyendo estoy la triste campanada de la torre del castillo que me anuncia que solo tres cuartos de hora me conceden para arreglar mis cuentas con Dios y con los hombres. Cuando me hallaba bajo el tiránico poder de mi enemiga y sufriendo los mayores ultrages, entonces debí llorar, mas hoy que la muerte viene hácia mi benigna y me acoge con sus alas protectoras, debo alegrarme. Me prohíben la presencia de un sacerdote católico en esta lóbrega prision, por lo cual me ha sido imposible recibir los últimos auxilios espirituales. Yo me confieso á vos de todas mis culpas, y os suplico en medio de mi mas ferviente

abatimiento que las perdoneis. Adios, padre mio; rogad por mi alma.—Maria Estuardo.»

Luego que acabó de escribir la presente carta, tocó una campanilla, y mientras la doblaba dijo á un sirviente que se presentó:

—Decid á Paulet que quiero hablarle.

El sirviente se ausentó, y á los pocos instantes se presentó Paulet acompañado del gran tesorero.

—¿Qué teneis que disponer, señora? preguntó Paulet.

—No me negueis el último favor que voy á pedir, respondió Maria con humildad.... este billete que acabo de escribir, que solo contiene mi última suplica, desearia que le depositárais en manos de mi digno capellan.

El tesorero entonces alargó la mano y dijo:

—Dadme, señora, y yo seré el fiel conductor.

—¡Cómo! exclamó la sentenciada con espanto.

—El solo, interrumpió Paulet, puede dar debido cumplimiento á lo que solicitais.... ya no soy vuestro guarda.

—¿Pues qué sucede? preguntó Maria.

—Acabo de recibir una orden en la que me destituyen del cargo que desempeño, por no inspirar á S. M. la suficiente confianza. Me han acusado de traidor, aseguran que anoche penetré en esta prision mi sobrino Mortimer; dicen que venia á la cabeza de los escoceses que quisieron libertaros... añaden que he puesto á mi sobrino en parte segura para que no le puedan prender, y me destinan al duro encierro de un castillo, hasta tanto que revele el parage donde suponen que le tengo escondido.

—¡Cuánto siento, Paulet lo que os está pasando! dijo Maria.... Pero no

presumais que yo he sido la causa de vuestro infortunio; no aborrecedme, no me lanceis vuestra maldición en estos tristes momentos en que me veis.

—No quiero culparos, dijo Paulet dando un suspiro y mirando á otro lado como manifestando un sentimiento distinto al que dominaba su interior. La reina de Escocia se dirigió luego al tesorero, y le preguntó:

—¿Conqué vos quedais en el encargo de entregar ese billete á mi capellan, no es cierto?

—Descuidad en mi lealtad, repuso Burleigh.

En este instante sonaron tres campanadas en el reloj de la torre; Maria se estremeció, y el tesorero conociendo la triste emoción que habia experimentado la sentenciada, dijo:

—Conozco, señora, que nuestra presencia es molesta en esta ocasion, por lo que nos ausentamos.

Y dando á Maria una cajita que traia consigo, continuó:

—Os entrego, el resto de vuestras alhajas; la reina de Inglaterra ha dispuesto que se os devuelvan.

Maria Estuardo cogió la cajita y la puso sobre la mesa, y dirigiéndose al gran tesoro continuó:

—Decid á la soberana de Inglaterra, que estoy sumamente agradecida á este rasgo que caracteriza su grande generosidad.

Paulet y Burleigh hicieron un saludo como para ausentarse, pero Maria los detuvo diciéndoles:

—Esperad.... decid á mis servidoras que entren; quiero despedirme de ellas.

—Así lo haremos, respondió Burleigh.

Y se ausentó con Paulet. La reina de Escocia se postuló de rodillas, apretó con sus blancas manos la pequeña cruz que siempre llevaba guardada en su seno, clavó su vista en el cielo, y en esta interesante posición hizo á Dios la confesion mas solemne de todas sus culpas, y pidió el perdón mas ferviente y encarecido. Cuando concluyó su ruego y se puso de pie, volvió la cara hacia la puerta y vió cinco mugeres enlutadas, cuatro de ellas, jóvenes y hermosas, y todas cubriendo sus rostros con sus pa-

ñuelos y sollozando. Maria entonces se acercó á ellas con calma y dignidad.

—¿A qué son esas lágrimas? las preguntó. Debeis regocijaros en vez de llorar, porque ya ha llegado el término de mis sufrimientos; mis cadenas se rompen, se abren las puertas de mi calabozo, y mi alma gozosa y conducida por los ángeles, camina al templo de mi eterna libertad. El último momento levanta al hombre de su caída, y le ennoblece. Yo siento de nuevo la corona sobre mi cabeza... no llores, que habeis venido á presenciar el triunfo de vuestra reina, y no su muerte.

—No prosigais, señora, interrumpió Kennedy ahogada por los sollozos, no prosigais, que destrozais el alma mia al contemplar vuestra heroica resignación.

—Bueno, bueno, continuó la reina consolándolas; voy á daros una buena noticia. Os he recomendado á mi hermano el rey de Francia, para que tenga cuidado de vosotras y os dé una nueva patria.... si en algo estimais mi última voluntad, no permanezcáis en Inglaterra, porque vaticino un fin desgraciado para todos los que me han servido. Por esta cruz que ahora tengo en mis manos, jurad que abandonareis esta desgraciada tierra desde el instante que yo deje de existir.

Ana Kennedy tocó á la cruz y dijo:

—Yo lo juro en nombre de todas mis compañeras:

Maria se sentó, y acercando la cajita que contenia sus alhajas, la abrió y dijo á su servidoras:

—Todo cuanto poseo en este instante, porque me han dejado muy pobre, todo lo que libremente puedo disponer, lo he repartido entre vosotras y todo cuanto lleve caminando á la muerte os pertenece tambien.... Alix, Gertrudis, Rosmunda, para vosotras son, esas preciosas perlas, pues los adornos armonizan muy bien con vuestra hermosura y juventud.

Después que distribuyó las perlas, las cuales recibieron las enlutadas en medio del mas amargo llanto, se volvió á otra joven que estaba algo mas retirada y la dijo:

—Tú, Margarita, tienes los mas gran-

pes derechos á mi generosidad; mi testamento te hará ver que no quiero vengar en tí, la criminal traición de tu marido.

En seguida cogió la mano de su nodriza, y prosigió:

—Querida Ana, sé que no te fascinan las riquezas ni el brillo de las pedrerías, y que mi recuerdo será tu mayor tesoro.... Toma este pañuelo, yo misma le he bordado para tí durante las horas de mi encierro, el cual está empapado con las lágrimas de tu pobre y desgraciada reina.... Tú me venderás los ojos con este pañuelo cuando llegue mi terrible momento... Yo quiero recibir de mi Ana este último servicio.

—No puedo soportar mas tiempo la agonía que experimenta mi corazón, dijo Kennedy apoyando la cabeza en el hombro de una de sus compañeras.

Maria se unió mas á sus servidoras, y sollozando como todas ellas, las abrazó, diciendo:

—Venid, hermanas mías y dadme el último adiós. Dios te proteja, Margarita, el cielo te ayude, Alix... Gertrudis, yo te doy las mas espresivas gracias por tus buenos servicios.... Muy aborrecida he sido, pero tambien amada... Gertrudis, quiera el cielo tengas un esposo que pueda hacerte feliz, pues tu ardiente corazón tiene necesidad de amor... ¡El último adiós!

A este tiempo entró el gran tesorero acompañado de Roberto, que se situó en el umbral de la puerta sin adelantar un paso mas: venia á dar la última satisfacción á la reina Isabel, y no quiso presentarse delante de Maria sino cuando le llegara su vez; mientras tanto Burleigh se adelantó y dijo á la sentenciada con un sentimiento de dolor aparente:

—Lady Estuardo, vengo á recibir vuestras últimas disposiciones.

—Gracias, milord, respondió Maria.

—La voluntad de mi reina, es que no se os niegue nada de cuanto sea justo.

—Mi testamento encierra mi última voluntad; le he dejado en manos de Talvot, y quiero sean fielmente ejecutadas mis últimas disposiciones.

—Estad tranquila, que se respetarán.

—Pido encarecidamente que no ha-

gan daño á ninguno de mis servidores; que dejen que se retiren á Escocia ó á Francia, donde deseen mejor ausentarse.

—Se hará como lo deseais.

—Y puesto que mi cuerpo no puede reposar en tierra católica, permitid que uno de mis antiguos amigos lleve mi corazón á mis parientes de Francia.

—Tambien se hará... ¿Teneis algo mas que pedir?

—Si, Burleigh, llevad á la reina de Inglaterra mi saludo fraternal; decidla que la perdono mi muerte de todo corazón, y que siento el modo con que ayer la traté y que Dios la conceda un reinado dichoso.

—Decidme, señora, ¿y habeis variado de pensamiento? ¿Rehusais la asistencia de nuestro dean?

—Ya me he reconciliado con mi Dios.

—En este momento dieron las ocho, la puerta principal de aquella estancia se abrió de par en par, y aparecieron varios soldados que la debian conducir al suplicio, y el verdugo delante de ellos hincado de rodillas pidiendo perdon.

—¿Quién es ese hombre? preguntó Maria.

—El verdugo, repuso Burleigh, que os pide perdon.

El ejecutor inclinó mas la cabeza hácia el suelo y dijo:

—Soy, señora, unicamente el instrumento de vuestra muerte, la ley es la que en realidad os condena.

—Estais perdonado, respondió Maria con voz ahogada.

Ana Kennedy no pudo por mas tiempo reprimir el llanto, y comenzó á llorar prurumpiendo en gritos del mayor desconsuelo.

—Pobre Ana, dijo la sentenciada volviéndola á abrazar... Es mi último momento.... adios.... adios.... pero sé fuerte y acompáñame, hasta la otra habitación.

Con efecto, la reina de Escocia salió de allí, acompañada de su fiel nodriza y seguida del gran tesorero, del conde Roberto y otros caballeros ingleses; Llegaron á otra estancia donde Burleigh leyó la sentencia, la cual escuchó Maria sentada en un sillón. Acabada esta ceremonia se levantó diciendo:

—Cúmplase la voluntad de mi Dios: Ana, tú me acompañarás hasta las gradas de mi suplicio.

—No puede ser, lady Estuardo, interrumpió el gran tesorero.

—¿Cómo! ¿podrán rehusarme esta

gracia? ¿Quién mejor puede hacerme ese servicio?

—Yo, dijo Roberto echándose á sus pies; yo soy el encargado de conducirlos al parage....

Cuando María vió á sus pies á su in-



grato amante, lanzó un grito de terror, y estuvo á punto de caer accidentada, si Kennedi no hubiese acudido á su socorro. Despues de un corto instante de silencio en que la soberana consiguió

disipar la emociion que habia experimentado, dió sollozando la mano á su traidor amante y dijo con pausa antes de salir:

—Habeis cumplido vuestra palabra,

conde de Leicester.... me prometisteis el apoyo de vuestro brazo para conducirme fuera de este lóbrego calabozo, y ya ha llegado el momento.

Y con acento mas dulce continuó:

—Si, Leicester, y no era una libertad mundana la que ibais á concederme, vuestra mano debía darme.... la libertad eterna.... Adios, amigo mio.... sed dichoso, si podeis serlo.... Habeis despreciado un corazon tierno y amante, para conquistar uno orgulloso y vengativo.... Echáos á los pies de Isabel, y pueda ser la recompensa suya el único castigo que esperamenteis.... Vamos, Roberto, ya es tiempo de morir y nada me queda que decir sobre la tierra.

Roberto salió dando la mano á Maria, Kennedy cayó accidentada y fué recogida por sus compañeras.

V.

Antes de salir del castillo, la reina de Escocia vió el suplicio, y no pudo menos que sentir un movimiento de terror; iba rezando; interrumpió su ruego y dijo á Roberto:

—Dejadme sola, conde, quiero prorogar un momento el término de mi vida.

Roberto volvió á la estancia de donde la sentenciada acababa de salir, y por mucho que la ambición y el deseo de llamarse el esposo de Isabel le dominasen se horrorizaba de su accion. Un ruido de voces se oyó fuera de aquella habitación. Roberto se asomó á la puerta mas pequeña, y vió venir á un criado lleno de azoramiento y pálido como la muerte.

—¿Qué pasa? preguntóle el conde.

—Señor, Talbot y muchos hombres armados que vienen gritando, perdon, perdon, y su osadía ha llegado al extremo de violentar las puertas y suben á mi pesar.

Acto continuo apareció Talbot con un papel en la mano, y dirigiéndose al conde, le dijo:

—Escuchadme, favorito. Vengo de la Torre donde Kurl y Nan, los secretarios de Maria están encerrados; he querido sondear sus corazones, encontré á Kurl sobre su lecho como un furioso, y no bien me hubo reconocido cuando se

precipitó á mis pies y lanzando gritos de dolor me dijo «Sé que la reina de Escocia está sentenciada á muerte; yo soy la causa; yo la he levantado un falso testimonio; las cartas escritas en Babington, y las que yo he entregado con juramento de autenticidad, son falsas; yo he puesto otras palabras que las que fueron dichas por la reina. El misera-Nan fué quien me impulsó á cometer tan villana accion» Esto me dijo, y luego escribió esta carta para que se la entregase á la reina. S. M. no me ha recibido, y entonces corrí á vos, para que suspendieseis la ejecucion.... Suspendedla, conde, suspendedla, hasta que la reina de Inglaterra dicte una nueva providencia.

Roberto cogió la carta, y abriéndola se decia:

—Si la perdonan no obtengo la mano de Isabel, y dejo de ser el rey de Inglaterra.

—Aligeráos, exclamó Talbot, que el sonido de las cajas me anuncian que Maria sube las gradas del suplicio.

—Aligeraos, gritaron los que acompañaban á Talbot.

Roberto leía con sumo despacio, y habria llegado á la mitad de la carta cuando sonó el terrible hachazo.

—¡Ah! exclamaron todos á la vez.

—Ya no hay remedio en lo humano, dijo Roberto con calma.

—Traidor! exclamó Talbot enfurecido.

Los que le acompañaban tambien quisieron desmandarse, pero vino tropa y despejó la estancia.

Hecha la ejecucion, el conde Roberto montó á caballo, y á la cabeza de una numerosa escolta de caballeria caminaba á Londres para participar á Isabel que sus deseos estaban cumplidos; pero se hallaria á corta distancia del castillo de Forteringay, cuando vió venir á un hombre montado en un caballo y á carrera tendida, que al pronto no conoció. Este caballero se situó frente al conde con una pistola en la mano; Roberto desnudó su espada diciendo.

—¡Cielos, Mortimer!.... A él, missoldados.

Mas antes que nadie se le acercara, y á pesar de los gritos del gran tesoro, que casi llegó á enfrenar con él, Morti-

mer derribó del caballo á su terrible enemigo, de un balazo y diciendo:

—¡No serás el esposo de Isabel mientras que yo viva en la tierra! ¡Paga con

tu vida la que has quitado á una inocente.

La numerosa escolta se precipitó sobre Mortimer, y á los pocos instantes,



este desventurado joven tampoco existia.

Burleigh, refirió despues á la reina el terrible sucesos, y la hipócrita aparentó un gran sentimiento, pero pasando á otra habitacion y viéndose sola, exclamó:

—¡Murió mi enemiga! ¡Murió su defensor! ¡Murió el hombre á quien me veia precisada á dar el título de rey! ¡Y estoy tranquila, y un casamiento puede proporcionarme la alianza con algun soberano de Europa. —I. A. BERMEJO.

HISTORIA NATURAL.



EL CIERVO.

Animal inocente, apacible y tranquilo, destinado á hermostear y á dar vida á las selvas solitarias; su forma es airosa y ligera, su estatura bien proporcionada, sus miembros flexibles y nerviosos, su cabeza adornada, mas bien que armada, de un bosque viviente, y que como la cima de los árboles se renueva todos los años. El ciervo ha ocupado en todas las edades, los momentos de descanso de los héroes; el ejercicio de la caza debe suceder á los trabajos de la guerra, y aun precederlos.

Después que los ciervos han soltado las cuernas, se separan unos de otros, y no quedan juntos sino los jóvenes que permanecen en los bosques buscando los mejores sitios, los matorrales, los sotos nuevos y claros, donde

Se mantienen todo el verano para recobrar allí sus cuernas; en este tiempo caminan con la cabeza baja por no tropezar en las ramas con las cuernas nuevas que son delicadas hasta que han tomado todo su incremento.

El ciervo pasa su vida en alternativas de plenitud y de inanición, de gordura y de flaqueza, de salud, para decirlo así, y de enfermedad, sin que estas oposiciones tan notables, y este estado, siempre escensivo, alteren su constitucion, siendo su vida tan larga como la de los demas animales que se están sujetos á estas vicisitudes: tarda cinco ó seis años en crecer y viven treinta y cinco ó cuarenta; pues lo que se ha divulgado sobre la vida larga de los ciervos, carece de fundamento, siendo una preocupacion popular, que reinaba en tiempo de Aristóteles, y que este filósofo dice, con razon, que no le parecia verosimil, respecto que el tiempo de la gestacion y el del incremento del cervato, no dan nin-

gun indicio de la vida larga. Sin embargo de esta autoridad, que por sí sola debiera haber bastado para destruir aquella preocupacion, se ha renovado en los siglos de ignorancia, por una fábula que se forjó de un ciervo cogido por Carlos VI en el bosque de Selise, el cual tenia un collar en que estaba escrito *Cæsar hoc me donavit*; se quiso mas bien suponer mil años de vida á aquel animal y atribuir la dádiva del collar á un emperador romano, que convenir en que aquel ciervo podía haber venido de Alemania, cuyos emperadores han tomado en todos tiempos el nombre de César.

La vista del ciervo es buena, su olfato esquisito y su oído excelente. Cuando quiere oír, levanta la cabeza, endereza las orejas y entonces oye desde muy lejos: cuando sale de un soto ó de algun otro parage medio descubierto; se detiene á mirar á todos lados, y luego busca el sitio de donde viene el aire, para oler si hay alguien que pueda inquietarle; si le silban ó le llaman de le-

jos, se detiene al instante, y mira fijamente y con cierta especie de admiracion los carruages y ganado, y los hombres, y si estos no llevan armas ni perros, continua caminando tranquilamente: oye con gusto la zampoña de los pastores, y por eso los monteros suelen valerse de este artificio para cazarlos. Comunmente teme mucho menos al hombre que á los perros; come lentamente y elige su alimento, y luego que ha pacido procura reposar para rumiar despacio. No bebe en invierno y aun menos en la primavera, bastándole la yerba tierna y cargada de rocío: atraviesa grandes rios, y salta con suma facilidad y ligereza.

Lo mas útil de este animal son las cuernas y la piel; esta se adoba y se hace de ella un cuero flexible y muy durable, y las cuernas las emplean los cuchilleros, espaderos, etc. y por medio de operaciones químicas, se sacan de ellas espíritus alkali-volátiles, de uso muy frecuente en la medicina.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

NIÑOS DE LA BIBLIA,

POR DON F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

	PÁGS.
Introduccion	3
Cain y Abel.	4
Ismael.	55
Isac.	65
Rebeca.	97
Esau y Jacob.	129
Jacob y Raquel.	161
Los hermanos de Josef.	195
Josef en la prision.	225
Simeon.	257
Benjamin.	289
Juda.	521
Manasés y Efraim.	555

HISTORIA DE ESPAÑA RECREATIVA,

POR DON ILDEFONSO A. BERMEJO.

Amilcar y Orison.	228
Anibal.	260
Sagunto.	292
Los dos Scipiones.	524
Scipion el africano.	556

LEYENDAS Y APUNTES HISTORICOS.

Aventuras maravillosas de Liderico, primer conde de Flandes, por A. Dumas.	6
Idem, continuacion.	51
Idem, continuacion.	75
Idem, continuacion.	109
Idem, continuacion.	159
Idem, conclusion.	163
El jóven calumniador.	174
El sitio de Tarifa.	204

HOMBRES CELEBRES

PÁGS.

Muerte de Copérnico.	14
Los primeros años de Van-Dyck.	61
Torcuato Tasso.	116
Francisco Zurbaran.	145
Cristobal Colon.	180
Cárlas II de Inglaterra.	215
El Duende del taller ó el Mulato de Murillo por don Javier de Ased.	247

MUGERES CELEBRES.

Maria Estuardo.	278
Idem, continuacion.	512
Idem, continuacion.	542
Idem, conclusion.	575

APUNTES MORALES.

Merlin, apologo, traduccion de una poesia romana del siglo 15.	20
La juventud.	55
El niño orador.	46
Un divorcio.	187
Aventuras de una familia inglesa.	218
Idem, continuacion.	252
Idem, continuacion.	264
Idem, continuacion.	505
Idem, conclusion.	529
La cimitarra de Aben-Alhamar.	561

ESTUDIOS RECREATIVOS.

Luisa y Pablo, ó el descubrimiento del doctor Jenner, novela alemana.	38
Idem, continuacion.	67
Idem, continuacion.	101
Idem, continuacion.	152
Idem, continuacion.	164

	Págs.
Idem, conclusion.	497
Amor de madre por don V. D. Canseco.	58
Historia de un cuadro ó los cuatro candeleros de plata.	87
La inocencia errante y combatida.	121
El perro y la pandereta.	257
La espósa, por E. Berthoud.	297
El monge misterioso.	354
La capilla del Emigrado.	368

HISTORIA NATURAL.

La seda.	49
El ave del Paraíso.	51
El Paro.	62
La caza del águila.	64
El Desman de Rusia.	162
El Mangle y la Grulla de Indias.	254
El ciervo.	381

REFLEXIONES SOBRE LA NATURALEZA.

Introduccion.	158
Los Lapones.	185
De los temblores de tierra.	252
El invierno.	285

	Págs.
Los animales durante el invierno.	519
La nieve.	549

CUENTOS PARA LOS NIÑOS.

El dedo cortado.	25
Una condesa con 565 hijos.	28
La limosna.	id.
El perro intercesor.	29
Hecho histórico; la honradez de un jó- ven produce un gran suceso.	30
El danzarín.	49
El niño pregunton.	id.
El abuelo y el nieto.	95
La leccion.	127
La vieja, el gato y los ratones, fábula por D. J. A. Matute.	159
Los cuatro hermanos.	190
Los Mensajeros de la muerte.	191
El castigo por igual, fábula por don I. A. Bermejo.	253
La Herradura.	254
El emperador y el abad.	287
El Sauce y el Lloron fábula por don J. M. Tenorio.	520
El Negro Carey.	551
Mesas de plata de Carlo Magno.	551
Pera de ahogo.	552

